



Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Escuela de Trabajo Social

**“Fascismo comenzó a seguirnos:
un análisis de los discursos de odio en las
redes digitales de la FcPolit”**

Trabajo Integrador Final
Modalidad Investigación

Estudiante: Fabiano, Antonella Rocío
(fabianoantonella@hotmail.com)

Director: Costa, Federico Agustín
(federico-ac@hotmail.com)

Codirectora: Leonard, Clarisa
(leonardclarisa@gmail.com)

Rosario, diciembre de 2025

Agradecimientos

A mi mamá y a mi papá, por su amor incondicional.

A mi hermana Caro, mi hermano Ema y mis cuñadxs, por confiar en mí más que yo misma.

A Isa, mi más tierno y profundo amor, por ser risa que ilumina.

A mi abuela y a mis abuelxs del corazón, por esa platita a escondidas para que siguiera estudiando.

A mis amigas del alma, por los abrazos y los ratos de felicidad compartidos.

A Fede, por acompañarme en este proceso y amarme así.

A mi familia grande y entera, por la mesa larga, los vinos guitarreados y los valores inculcados.

A mis amigxs, compañerxs y docentes del trayecto facultativo, por los mates, los debates y el sostén colectivo.

A mis directores de tesis, por su lectura atenta y los intercambios críticos y comprometidos.

A la Universidad Pública y Gratuita, a la movilidad social ascendente y a este país maravilloso, del que siempre tengo esperanza.

Índice

Introducción.....	3
Objetivo General.....	6
Objetivos Específicos.....	6
Metodología.....	7
Capítulo 1: La gloriosa Fcpolit.....	10
@fcpolitunr: la dimensión digital de la institución.....	12
Capítulo 2: El clic del odio.....	15
Discursos de odio en redes sociales.....	17
Política no me gusta/Neoliberalismo me gusta.....	20
Lxs militantes como ilegítimxs.....	26
Lxs militantes como plaga.....	27
Odio neoliberal.....	28
Capítulo 3: Fascismo comenzó a seguirte.....	31
El fascismo como práctica social.....	32
Fascismo en red.....	34
¿Odio para qué?.....	38
El odio que aniquila las diferencias.....	39
Odio a la memoria: la disputa por los sentidos del pasado.....	44
Capítulo 4: Cargando @TrabajoSocial.....	48
Trabajo Social, política y democracia.....	49
Trabajo Social en la era digital.....	52
Referencias.....	62

Introducción

El presente escrito se corresponde con el Trabajo Integrador Final de la Licenciatura en Trabajo Social, carrera perteneciente a la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Además, se nutre de los intercambios y producciones entabladas en el marco del Proyecto de Investigación y Desarrollo titulado *“Gobierno de las conductas a partir de las emociones. Gubernamentalidad neoliberal y subjetivación contemporánea”*. La investigación procura aplicar y profundizar los conocimientos teóricos y saberes prácticos apprehendidos durante el proceso de formación académica, dialogando con los interrogantes, las vivencias y las convicciones personales y profesionales que lo motivan.

En ese sentido, resulta imposible pensar el Trabajo Social aislado de los procesos históricos y políticos que atraviesan a nuestras sociedades. La formación universitaria no solo habilita herramientas teóricas y metodológicas, sino también una mirada crítica que interpele el presente, sus rupturas y continuidades. Es desde allí que este trabajo se plantea indagar en los fenómenos políticos y sociales contemporáneos, reconociendo que los debates globales tienen efectos concretos en los espacios locales, institucionales y cotidianos.

Poco alentador es el panorama actual global en el que estamos inmersos: proscripción política de líderes populares, conflictos geopolíticos que rozan la posibilidad de ataques nucleares, agudo aumento de la desigualdad en la distribución de las riquezas, cercenamiento de derechos a minorías estructuralmente oprimidas, pobreza, desempleo y marginalidad creciente, por nombrar solo algunos temas. La consolidación del neoliberalismo no sólo como política económica, sino más bien como racionalidad gubernamental, ha estructurado una visión del mundo caracterizada por la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación (Laval y Dardot, 2013). Esto ha socavado profundamente en cada una de estas problemáticas, debilitando los lazos de solidaridad y legitimando formas de exclusión social cada vez más violentas.

Este marco de situación generó las condiciones propicias para que resurja en el análisis del escenario contemporáneo una categoría propia del siglo XX pero con fuertes reflejos fácticos en la actualidad: el fascismo. Entendido aquí no como régimen pasado, sino como lógica presente, que se expresa con nuevas formas en lo discursivo, lo institucional y lo cotidiano. La escena contemporánea está marcada por el avance sostenido de lógicas autoritarias, la reaparición de prácticas de persecución política, expresiones abiertas y violentas de racismo y xenofobia, ofensivas estructurales contra los feminismos y las

disidencias, actos de crueldad ejercidos y celebrados públicamente, y discursos de odio que encuentran legitimidad en voces estatales y mediáticas.

Desde ya que, cada una de estas manifestaciones responde a particularidades y dinámicas propias de la problemática que encierra, pero ¿se trata de expresiones aisladas, inconexas entre sí, fruto de coyunturas particulares? ¿O más bien estamos ante manifestaciones múltiples de una misma lógica social y política que se expande y se adapta al contexto global contemporáneo? Este conjunto de fenómenos, más que fortuito o casual, permite advertir una trama que se repite, se acumula y se intensifica.

Lejos de constituir hechos aislados, estos acontecimientos parecen ser parte de un denominador común, que organiza lo social en base al odio, la exclusión, la deshumanización y la violencia como forma de ejercicio del poder. Siguiendo a Daniel Feierstein, el fascismo puede pensarse como una práctica social que tiene la capacidad de instrumentar políticamente el odio (2019). Este enfoque nos invita a dejar de ver el fascismo como un fenómeno del pasado o como una ideología rígida, y a empezar a reconocerlo en dinámicas cotidianas que se reproducen —muchas veces de manera naturalizada— en distintos ámbitos de la vida social. Haciendo zoom a la cámara pero partiendo de esta premisa, ¿puede pensarse en la circulación de lógicas fascistas en la Universidad Pública y, en particular, en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales?

La Universidad, entendida como institución social, no es sólo La Siberia (como se suele nombrar a la Ciudad Universitaria de Rosario) y las demás dependencias físicas; es el conjunto de prácticas, normas, valores, discursos y relaciones de poder que organizan la vida social universitaria (Pichón-Rivière, 1970; Faleiros, 1987). Es saber que a comienzo y a mitad de año hay mesas de exámenes, que existe un sistema de correlatividades que habilita o impide rendir, que para sacar fotocopias hay que pedir las con anticipación, que el bar de la FcPolit queda en el segundo piso, que el centro de estudiantes representa al alumnado, que hay agrupaciones que militan en los pasillos y pasan por las aulas, y que —no menos importante— la universidad es pública, gratuita y está sostenida con fondos del Estado.

En los últimos años, y con mayor crudeza a partir de los ajustes llevados a cabo por el actual gobierno del presidente Javier Milei, este entramado institucional se ha visto atravesado, a su vez, por un proceso sostenido de desfinanciamiento del sistema universitario público y de las instituciones estatales de producción de conocimiento, y por la creciente deslegitimación de la docencia y los trabajadores universitarios. Las discusiones en torno a la Ley de Financiamiento Universitario y la circulación de discursos, proferidos incluso por el primer mandatario, que cuestionan el valor social de la educación superior tensionan no solo las condiciones materiales de funcionamiento de las universidades, sino también la producción de sentidos sobre lo académico, lo político y lo común. Este clima

constituye el contexto temporal y afectivo en el que se inscribe el tema de esta investigación.

Ahora bien, también forma parte de la universidad un terreno menos explorado pero cada vez más presente en la vida institucional: el entorno digital. Las redes sociales de las facultades y agrupaciones estudiantiles, los intercambios en plataformas digitales, los comentarios, los posteos y las respuestas no son fenómenos ajenos a la universidad. Muy por el contrario, constituyen extensiones de su dinámica institucional, donde también se juegan poder, representaciones y conflictos (Mouffe, 1999; Castells, 2008). Como advierte Sibilia (2012), las redes rompieron las paredes y expandieron la vida institucional hacia un espacio público virtual, donde se amplifican las disputas y se multiplican las posibilidades de intervención. Ya no hay un afuera y adentro, en línea o fuera de línea. Como plantea la perspectiva *onlife*, ambas dimensiones forman parte de un mismo entramado de prácticas sociales (Di Prospero y Daza Prado, 2019). Lo digital no constituye un espacio separado, sino parte constitutiva de la vida social, y por tanto, plausible de análisis para el Trabajo Social.

En el mundo digital universitario se evidencian con claridad sentidos producidos y reproducidos por la racionalidad neoliberal, entre ellos la antipolítica, la meritocracia y el individualismo. Estas narrativas, que tienden a erosionar la legitimidad de la acción colectiva y de lo público, podrían pensarse como condiciones de posibilidad para la emergencia de formas más violentas de expresión. En este marco, resulta pertinente indagar si los discursos de odio (Abramovich et al., 2021), dirigidos especialmente contra quienes participan de la vida política universitaria y defienden la política como herramienta de transformación social, constituyen simples opiniones personales o si, en cambio, adoptan formas agresivas, descalificadoras y estigmatizantes que terminan por deslegitimar al sujeto político y reducirlo al objeto de odio.

El fascismo, a través de la instrumentalización del odio, tiene la capacidad de construir enemigos y justificar su persecución o eliminación simbólica o real. En este sentido, cabe preguntarse: ¿pueden estos discursos que circulan en las redes sociales universitarias ser considerados como manifestaciones actuales de lógicas fascistas?

Este trabajo parte de la convicción de que la política (Mouffe, 1999) constituye el núcleo de la vida democrática y la herramienta fundamental para la transformación colectiva. Reafirmar su valor frente a las narrativas de odio que buscan deslegitimarla es, por lo tanto, un objetivo central de esta investigación. En vistas a ese propósito, a lo largo del presente recorrido intentaremos identificar y problematizar cómo ciertos discursos de odio difundidos en redes sociales —particularmente en los comentarios de publicaciones de cuentas del entorno digital de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario— pueden ser leídos como manifestaciones de un

orden fascista, en tanto y en cuanto apuntan contra quienes creemos en la política como herramienta de transformación colectiva para el bienestar de nuestro pueblo. Para ello, construiremos un archivo digital de comentarios públicos, prestando especial atención a expresiones que puedan reflejar estas lógicas de odio. No se trata de analizar “casos aislados”, sino de identificar qué regularidades se encuentran en la dispersión (Laclau y Mouffe, 2004) y qué prácticas sociales habilitan o censuran.

Desde el Trabajo Social, concebido como una profesión comprometida con la defensa de los derechos humanos, la justicia social y la construcción de ciudadanía (Cazzaniga, 2006; Iamamoto, 2003; Rozas Pagaza, 2001), no podemos desentendernos de estas formas de violencia simbólica que circulan y se legitiman en el espacio público digital. Trabajar sobre los discursos de odio que buscan deslegitimar a quienes hacen política dentro de una institución universitaria, y más aún en una facultad donde se forman cientistas políticos, internacionalistas, comunicadores y trabajadores sociales, resulta no sólo pertinente, sino urgente. Esta tesis se inscribe en la necesidad de aportar a la construcción de una vida universitaria democrática, que no le tenga miedo a la política, sino que se comprometa a defenderla. En este sentido, el Trabajo Social no solo puede, sino que debe aportar herramientas teóricas, metodológicas y ético-políticas para desentramar cómo operan estas lógicas fascistas en la red institucional de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Se trata, a la inversa, de advertir y poner en evidencia las señales invisibles que intentan socavar la política para poder nombrarlas, cuestionarlas y, a fin de cuentas, transformarlas.

Objetivo General

Analizar los discursos de odio contra quienes participan políticamente en la vida institucional universitaria, enunciados entre noviembre de 2023 y julio de 2025 en comentarios de redes sociales vinculadas a la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, en tanto posibles expresiones contemporáneas de prácticas sociales fascistas.

Objetivos Específicos

- Identificar, entre noviembre de 2023 y julio de 2025, los tipos de expresiones de odio dirigidas contra quienes participan políticamente en la vida institucional universitaria en comentarios de redes sociales vinculadas a la Facultad.
- Analizar los sentidos que estos discursos construyen en torno a la política, la militancia y el rol de los sujetos políticos en el ámbito universitario.

- Reflexionar sobre los modos en que estas expresiones pueden leerse como manifestaciones actuales de lógicas sociales fascistas.
- Fundamentar la pertinencia del entorno digital como espacio de investigación e intervención del Trabajo Social frente a los discursos de odio, a los fines de fortalecer la vida democrática.

Metodología

La investigación se sitúa en un enfoque cualitativo, adoptando como estrategia la etnografía virtual/*onlife*, entendida como la perspectiva que asume que las dimensiones en línea (online) y fuera de línea (offline) están integradas en un mismo entramado de prácticas sociales (Di Prospero y Daza Prado, 2019). Desde esta mirada, lo digital no constituye un espacio separado, sino parte constitutiva de la vida social, en donde se producen sentidos, se disputan representaciones y se configuran modos de sociabilidad.

El campo de estudio está delimitado por la dimensión digital de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, particularmente en la red social Instagram, plataforma de mayor uso y circulación entre la comunidad universitaria. El corpus está conformado por los comentarios en las cuentas institucionales (Facultad y Escuelas de Trabajo Social, Ciencia Política, Relaciones Internacionales y Comunicación Social)¹ y en las cuentas de las agrupaciones estudiantiles tradicionales y/o relevantes de la vida política universitaria (Fanja Morada, Pampillón, ALDE, Proyecto, Jaureche -antes La Cámpora- y Alternativa)². El recorte temporal abarca desde noviembre de 2023 –mes del ballottage presidencial en Argentina– hasta julio de 2025 –posterior a la presentación en el Congreso de la Ley de Financiamiento Universitario–, delimitando un ciclo de 20 meses de particular intensidad política.

La construcción del corpus se realizó mediante un archivo sistematizado de comentarios públicos relevados en dichas cuentas, seleccionados por su pertinencia en relación al objetivo de la investigación, es decir por su referencia a las disputas y debates concernientes al interior del campo universitario y/o a la política institucional nacional. El rol de la investigadora fue el de observadora no participante, limitándose al registro de comentarios sin intervenir en la dinámica de interacción.

El análisis se orienta a la identificación de regularidades discursivas, en el sentido de las formaciones discursivas propuestas por Foucault y retomadas por Laclau, entendiendo

¹ En Instagram, los usuarios del orden expuesto son: @fcpolitunr, @escueladetrabajosocial.unr, @escuelacienciapolitica, @escueladerriiunr, @comu.unr

² En Instagram, los usuarios del orden expuesto son: @lafranjafcpolit, @pampillonfcpolit, @aldefcpolit, @proyectoofcpolit, @jaurechefcpolit, @alternativa.fcpolit

que los discursos no operan de manera aislada sino en tramas de sentido que configuran posiciones y antagonismos (Fair, 2019). A partir de estas regularidades, se propone un movimiento retroductivo que articule las expresiones identificadas con categorías conceptuales más amplias, como el neoliberalismo (Laval y Dardot, 2013) y las prácticas sociales fascistas (Feierstein, 2019).

Desde un punto de vista ético, se asegura la preservación de identidades, omitiendo el señalamiento explícito de los usuarios en las citas o imágenes que eventualmente se incorporen. Asimismo, se reconoce la inestabilidad propia del material digital: los contenidos pueden ser borrados, editados o modificados en cualquier momento, como advierte Pons, quien describe al mundo digital como “...además de denso, amorfo y blando. Lo que acabamos de ver puede haber sido borrado o retocado o transformado, actualizado” (2013, p. 71). En este sentido, cabe aclarar que el relevamiento de comentarios que conforma el corpus se realizó entre mayo y junio de 2025, en tanto registro situado y temporal de un flujo discursivo en constante transformación. Esto significa que el archivo corresponde a los registros disponibles en ese período específico y no incluye comentarios que hayan sido eliminados previamente ni los que se hayan agregado con posterioridad.

Para finalizar, resulta imperioso hacer algunas consideraciones metodológicas. Como señala Ruth Sautu (2003), todo diseño investigativo requiere de decisiones teóricas, lo que obliga a reconocer sus implicancias éticas y políticas. En esta investigación, tales decisiones se orientan a ubicar en el centro la política como herramienta de transformación social, y a problematizar los modos en que los discursos de odio buscan socavarla. Adoptar esta perspectiva significa asumir que el conocimiento no es neutro: está atravesado por relaciones de poder, por disputas de sentido y por los contextos históricos en los que se produce.

En este marco, trabajamos desde una perspectiva situada, entendiendo que el lugar de enunciación de quien escribe —como estudiante de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, militante política y futura profesional— constituye una condición de posibilidad para la investigación, al mismo tiempo que plantea la exigencia de un ejercicio permanente de reflexividad crítica. Coincidimos aquí con Hermida (2017) en que anudar texto y contexto es un criterio de validez, en tanto permite reconocer cómo nuestras propias palabras están habitadas por los sentidos que circulan en el espacio social que investigamos.

En vistas a ello, la validez de la investigación no descansa en una supuesta neutralidad, sino en la capacidad de explicitar los criterios, las decisiones y los límites que la atraviesan. A decir de Grassi (2011), “lo que se produce como conocimiento de los procesos sociales, es parte de los sentidos y de las orientaciones en el rumbo de los mismos, y no únicamente el reflejo de una realidad indiferente al conocer” (p.2). Asumir la historicidad del

conocimiento no lo debilita: por el contrario, refuerza su potencia analítica, al situarlo como parte de las disputas democráticas contemporáneas.

Capítulo 1: La gloriosa Fcpolit

La Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales³ es una institución perteneciente a la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Se halla en el Centro Universitario Rosario (CUR), popularmente conocido como “La Siberia”, debido a su lejanía del centro de la ciudad. Este complejo, que contiene a varias facultades de la UNR, se encuentra ubicado en las intersecciones de las calles Riobamba y Berutti, en el barrio “La Sexta” de la ciudad de Rosario. Si bien la creación de la Facultad data del año 1973, es recién en el año 1989 que se traslada a un edificio propio, donde funciona actualmente. A su vez, recientemente, en las inmediaciones del río Paraná se inauguró el Aulario de la Facultad, ampliando considerablemente su infraestructura.

La institución cuenta con una amplia oferta académica, con más de cuarenta trayectos de formación, entre los cuales se destacan las históricas carreras de Ciencia Política, Comunicación Social, Relaciones Internacionales y Trabajo Social. En atención a su organización interna, la facultad se rige por un/a Decano/a, Vicedecana/o, distintas Secretarías y un Consejo Directivo. Especial atención merece este último, ya que, es el órgano de mayor representación de la institución. Está integrado por miembros de todos sus estamentos –docentes, estudiantes, graduadxs⁴ y no docentes– elegidos democráticamente. Por su parte, a fin de garantizar una coordinación académica, la facultad creó cuatro Escuelas, correspondientes con las carreras referidas. Cada Escuela cuenta con un Director/a, Departamentos y Áreas, así como también una Comisión Asesora integrada por docentes, estudiantes y graduadxs.

A su vez, siguiendo a Kaminsky (1990), “las realidades singulares de las instituciones no merecerían mayor estudio si su estructura edilicia o sus funciones agotaran lo que sabemos de ellas” (p.33). La Facultad se distingue también por una intensa vida política y estudiantil, que encuentra expresión en el centro de estudiantes, agrupaciones y múltiples espacios de debate e intercambio. Esta dinámica refleja la tradición democrática y participativa que caracteriza a la universidad pública argentina y que se reproduce cotidianamente en la Fcpolit. Asimismo, la institución trasciende su función estrictamente

³ En adelante, se utilizará indistintamente la abreviación “Fcpolit” y/o “Facultad” para referirse a la misma.

⁴ En este trabajo se emplea lenguaje inclusivo, en consonancia con la Resolución del Consejo Superior de la UNR, que lo reconoce como herramienta para desmontar el uso sexista y androcéntrico del lenguaje y visibilizar la diversidad de identidades. Resolución 662/2019. “Considerar que la gramática aceptada es el mejor vehículo para exponer puntos de vista radicales sería un error, dadas las restricciones que la gramática misma exige al pensamiento; de hecho, a lo pensable. Sin embargo, las formulaciones que tergiversan la gramática o que de manera implícita cuestionan las exigencias de la estructura de la lengua son claramente irritantes para algunos.” (Butler, 2007, p.22)

académica, constituyéndose como un espacio de producción cultural y de articulación con la comunidad mediante proyectos de extensión, investigación y bienestar social.

A partir de este recorrido histórico, organizacional y político se pretende comprender a la Facultad no sólo como un espacio físico de enseñanza, sino como una institución social en el sentido amplio del término. Lo institucional no puede reducirse a su materialidad ni a sus roles formales, sino que involucra también todo aquello que circula en su interior y en el exterior respecto de la Facultad. En esta línea, resulta pertinente recuperar el aporte de Enrique Pichon-Rivière (1970) al análisis institucional. Al desarrollar la técnica de grupos operativos, el autor sostiene que:

la técnica de grupos creada por nosotros, llamada de grupos operativos, se caracteriza por estar centrada en forma explícita en una tarea que puede ser el aprendizaje, la curación, el diagnóstico de las dificultades de una organización laboral, la creación publicitaria, etc. Bajo esta tarea explícita subyace otra implícita, que apunta a la ruptura, a través del esclarecimiento, de las pautas estereotipadas que dificultan el aprendizaje y la comunicación, significando un obstáculo frente a toda situación de progreso o cambio. (p. 315)

Este planteo, formulado en el marco de su psicología social, resulta interesante para pensar lo institucional. Si en todo grupo operativo existe una tarea explícita y una tarea implícita, lo mismo puede observarse en las instituciones: junto a las funciones visibles y normadas (estatutos, reglamentos, organigramas) circula un nivel implícito compuesto por afectos, ansiedades y fantasías que atraviesan a sus integrantes. De este modo, la vida institucional se configura no sólo en los espacios formales de deliberación o aprendizaje, sino también en los pasillos, las asambleas, las conversaciones informales y los vínculos cotidianos, donde se ponen en juego sentidos compartidos, tensiones y modos de pertenencia.

Dicho esto, en este punto, es ineludible el diálogo con la teoría de los campos del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1997) y en particular, con la noción de *habitus* por él trabajada, como clave para comprender cómo las instituciones configuran prácticas y sentidos. Hablar de *habitus* es afirmar que lo individual, incluso lo personal, es siempre social y colectivo (Bourdieu y Wacquant, 2008). El autor lo define como “un cuerpo socializado, un cuerpo estructurado, un cuerpo que se ha incorporado a las estructuras inmanentes de un mundo ... y que estructura la percepción de este mundo y también la acción en este mundo” (p. 86). En otras palabras, el *habitus* constituye un sistema de disposiciones históricamente incorporadas que orienta las prácticas y percepciones de los sujetos, haciéndolas parecer naturales aunque sean el resultado de una historia social

compartida. Este concepto resulta clave para pensar la institución, ya que muestra cómo la vida cotidiana no solo se organiza en torno a reglas explícitas, sino también a través de disposiciones sedimentadas en los cuerpos y vínculos de quienes la habitan. Resta decir también que el *habitus* se articula siempre con un campo, entendido no como un afuera separado, sino como un entramado relacional en el que se disputan capitales y posiciones. En este sentido, la Fcpolit se configura en constante interacción con otros actores, saberes y prácticas del campo académico-universitario, que le otorgan sentido a su existencia. Así, la institución no se limita a transmitir conocimientos, sino que participa en la producción y reproducción de discursos, en la jerarquización de posiciones y en la exclusión de otras, proyectando sus efectos más allá de sus muros.

Lo dicho hasta aquí permite comprender que la institución es un entramado complejo donde lo manifiesto y lo latente, lo formal y lo cotidiano, se entrelazan con la legitimación y la disputa de capitales. La Fcpolit, en consecuencia, no puede ser entendida únicamente como un edificio, un plan de estudios o un Consejo Directivo, sino como un espacio vivo. En ella se juegan normas, prácticas, vínculos e imaginarios que atraviesan la vida académica, política y cultural de su comunidad. Ahora bien, su presencia no se agota en la materialidad edilicia ni en la dinámica cotidiana: también se proyecta en el entramado digital, donde se amplifican y confrontan los discursos que circulan en torno a la institución.

@fcpolitunr: la dimensión digital de la institución

Efectivamente, la institución universitaria, en la actualidad, no puede comprenderse sin considerar su dimensión digital. Lejos de constituir un ámbito accesorio o meramente instrumental, lo digital se ha vuelto un componente ineludible de la vida social e institucional. El grupo de Whatsapp de la comisión, las aulas virtuales del Campus Comunidades, el proyector de pantalla de Bedelía, el correo electrónico para enviar documentos, la sala audiovisual, la página web de la facultad y sus redes sociales (léase Instagram, X o Facebook) son solo algunos ejemplos. Todo en la facultad está atravesado por la digitalidad.

Esta centralidad responde a una condición de época. Lo digital se ha vuelto innegable, incluso dominante, en la organización de la vida colectiva. Como advierte Byung-Chul Han (2014), “vivimos en una sociedad en la que lo digital lo ha invadido todo... una coacción sistémica que se apodera de todos los sucesos sociales y los somete a un profundo cambio” (p.12). La sociedad actual, definida por Paula Sibilia (2006) como sociedad de la información, presenta una mutación híbrida en donde los límites entre el ser humano y la tecnología parecen fusionarse, proyectarse, programarse.

Estos dispositivos novedosos, que no cesan de surgir, estarían infiltrándose en los viejos aparatos de normalización y en las instituciones disciplinarias de la sociedad moderna, para hacer permeables sus muros, desestabilizar su orden e inaugurar una nueva lógica del poder. (2006, p.26)

Mucho se podría decir sobre esta era digital avasallante, poderosa, abrupta. Sin embargo, a los fines de este trabajo interesa resaltar un territorio particular del universo de lo digital: las redes sociales. Lo digital convoca a producir y sostener identidades en red. En palabras de Sibilia, "... nuestra vida cotidiana se ha visto convocada a performar y a realizarse en la visibilidad" (2019, s/f). En este sentido, las redes sociales no deben pensarse únicamente como aplicaciones tecnológicas, sino como espacios públicos mediados en los que se configuran identidades colectivas y se sostienen interacciones que atraviesan la vida social e institucional (Boyd, 2010, como se citó en Tarullo, 2015). Siguiendo a Castells (2008), constituyen la forma organizativa dominante de la sociedad red, en tanto median relaciones de poder, comunicación y producción de sentido. De ese modo, la Facultad no solo informa lo que hace, sino que también se representa a sí misma y produce identidad institucional a través de imágenes, publicaciones y narrativas que circulan en sus perfiles digitales.

En efecto, las redes sociales no son únicamente un canal de difusión, sino un ámbito donde la institución cobra forma, del mismo modo que lo hace en sus aulas y pasillos. En ese sentido, resulta imposible pensar a la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales al margen de sus plataformas digitales, porque es en ellas donde también se juega su existencia institucional. Allí se despliegan discursos de legitimación, pero también emergen prácticas, tensiones y disputas de sentido que atraviesan la vida universitaria y que constituyen el objeto de análisis de este trabajo.

Como se anticipó en el apartado metodológico, una de las redes sociales que mayor relevancia adquiere en la comunicación institucional es Instagram, dado su carácter visual y la preponderancia que ocupa en las prácticas digitales cotidianas de estudiantes, docentes y graduados. Allí se concentra buena parte de la representación pública de la Facultad y de las interacciones que la rodean. No es casual que los principales acontecimientos de la vida universitaria, sean las elecciones estudiantiles, la organización de un paro docente, la difusión de actividades académicas y culturales o la adhesión y/o posicionamientos políticos, entre otras, tengan en esta plataforma su espacio privilegiado de circulación. Posteos, historias, flyers y transmisiones en vivo forman parte del repertorio cotidiano con el que la institución se muestra y con el que sus actores interactúan.

Por eso, para esta investigación nos hicimos eco de lo que circula en la red social Instagram, tanto en la cuenta oficial de la Facultad propiamente dicha como en cuentas asociadas a sus órganos de gestión y a agrupaciones estudiantiles, que en conjunto configuran el entramado digital en el que la institución se visibiliza, se performa y se disputa.

Considerando lo anterior, no se trata únicamente de atender a lo que los distintos actores de la institución “postean” en sus perfiles digitales, sino también a lo que en ellos se despliega como interacción. Cada publicación en redes sociales convoca interacciones: me gustas, reposteos o comentarios que apoyan, discuten, cuestionan o incluso agreden. Esa trama de comentarios constituye un archivo vivo de discursos, donde se juega la imagen pública de la Facultad y también las disputas de sentido que atraviesan a la misma como institución social. Desde la perspectiva aquí asumida, dichos comentarios forman parte sustantiva de la vida digital de la Facultad. Atender a esas intervenciones permite reconocer a lo digital como un escenario político. Efectivamente, el espacio digital en el sentido aquí atribuido, no es un mero espacio de entretenimiento sino una arena importante de lucha y conflicto político.

En las redes sociales de la Facultad se condensan justamente estas tensiones: sobre la universidad pública, sobre la política y sobre el rol mismo de la institución en la vida social. Se trata de un entramado en el que se entrecruzan narrativas de legitimación y deslegitimación, de pertenencia y exclusión, de reconocimiento y de odio.

Este trabajo se propone, precisamente, detenerse en esa dimensión: comprender qué discursos circulan en torno a la Facultad en sus redes sociales y qué sentidos se ponen en juego en esas interacciones. La pregunta por los comentarios no apunta a la anécdota, sino a visibilizar un terreno donde la institución se disputa, se performa y se cuestiona a la vez. En definitiva, se trata de observar cómo lo digital deviene escenario en el que se dirimen sentidos y prácticas sobre lo universitario y lo democrático, cuestión central para pensar el Trabajo Social en la actualidad.

Capítulo 2: El clic del odio

En toda configuración social han existido antagonismos. La política, como recuerda Chantal Mouffe (1999), es constitutivamente adversarial: se funda en la posibilidad del conflicto, en el reconocimiento de que la pluralidad de posiciones nunca se resuelve en una armonía definitiva, sin grietas. Sin embargo, lo que observamos en la actualidad es una intensificación dramática de ciertos niveles de violencia simbólica y de excitabilidad social (Martínez y Sánchez Ceci, 2023) que, en tanto institución social, también se ven replicados en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Hoy en día no resulta extraño escuchar expresiones como “*hateo*”, “*hate*” o “*hater*” para referirse a la práctica de destilar odio hacia otros en el marco de interacciones digitales. De popularización reciente, la reconocida serie “Adolescencia”⁵ de la plataforma Netflix evidencia esta idea de que el odio digital no es marginal, sino parte constitutiva de las dinámicas contemporáneas de socialización en línea. Así, estos términos, ya incorporados al habla cotidiana, dan cuenta de cómo la hostilidad dejó de ser un fenómeno excepcional para convertirse en una forma casi esperable de participar en los espacios públicos virtuales.

El insulto rápido, la descalificación, el etiquetado estigmatizante y el hostigamiento se instalan como recursos habituales de intervención, reforzados por dinámicas de anonimato, inmediatez y viralización propias de las plataformas. Parafraseando a Dubet (2020), si en la interacción *cara a cara* el lazo social se ocupa de imponer moderación en el intercambio de ideas, de *pantalla a pantalla* los límites se debilitan, se difuminan, facilitando la reproducción de expresiones de mayor virulencia. Retomando a Gabriel Giorgi:

Lo que antes pertenecía al reino de lo hablado, lo susurrado, el murmullo colectivo, lo que se dice y se repite en la oralidad y circula “de boca en boca” se reformula, con el surgimiento de los foros online, como registro de escritura, que se archiva, deja huella “objetiva” y circula bajo la figura de lo viral y la cadena de mensajes. (2018, p.62)

En los muros de Facebook, en los hilos de X o en los comentarios de Instagram proliferan respuestas que descalifican al otro de manera inmediata, cancelando toda posibilidad de intercambio argumentativo y, con ello, reduciendo las posibilidades de una construcción colectiva de ideas, pensamientos, sentidos y lazos sociales. Basta con recorrer los portales de noticias, los famosos *memes*, las publicaciones de figuras públicas e incluso

⁵ “Adolescencia” es una miniserie británica que narra el caso de Jamie Miller, un adolescente acusado del asesinato de una compañera de escuela. A través de este hecho, la serie explora la influencia de la cultura digital y de comunidades misóginas en línea en la formación de la identidad juvenil y en la normalización del odio y la violencia en entornos virtuales.

de altos representantes políticos para advertir la intensidad y frecuencia con que aparecen expresiones de desdén, crueldad y violencia hacia determinados colectivos sociales. Lo preocupante, además de la agresividad del discurso, es su creciente normalización como forma legítima de participación en los entornos digitales.

En este sentido, como señala García (2023), si bien las redes sociales se han consolidado como espacios de actuación de movimientos democráticos y emancipatorios —basta recordar la potencia del *Ni Una Menos* o las luchas estudiantiles que encontraron allí un canal de visibilización—, al mismo tiempo se han convertido en entornos privilegiados para la circulación de información falsa, el negacionismo, el vaciamiento del discurso público y la emergencia de narrativas de odio, entre otros muchos efectos negativos.

Este fenómeno no surge de manera aislada. Asistimos en los últimos años a una dominancia del *hate*, a un recrudecimiento del odio que Bermúdez y Bitonte (2023), retomando a Petrilli (2020), explican a través de tres ejes fundamentales: el arrasamiento de los hábitos de cortesía propios de los medios históricos de comunicación; el carácter inesperado de su irrupción en una sociedad que creía haber alcanzado ciertos consensos democráticos, sobre todo tras la segunda guerra mundial; y su difusión persuasiva y viral en el *continuum* discursivo de las redes sociales.

A los fines de este trabajo interesa detenernos en el último punto señalado. Diversos autores (Germain, 2020; Giorgi, 2018; Sibilia, 2006) han teorizado sobre la relación intrínseca entre el odio como emoción o como afecto y las redes sociales como terreno fértil para su circulación. En efecto, Germain (2022) sostiene que la presencia constante de las pantallas y la hiperconectividad propias de la vida digital han erosionado ciertos principios de convivencia democrática, al producir transformaciones en la subjetividad que habilitan nuevas formas de agresión y exclusión en los espacios públicos virtuales. Lo que antes podía reconocerse como excepción, hoy forma parte del paisaje comunicacional: la violencia verbal se naturaliza como forma legítima de intervención en red.

En esta línea, Ahmed (2015) señala que el odio afecta “el modo en que nos encontramos con otros en espacios íntimos y públicos” (p.95), generando formas de expulsión tanto corporal como social. Esta observación permite pensar la dinámica recíproca entre emociones y esfera democrática: el odio no solo se ve potenciado por las condiciones actuales de producción y circulación discursiva, sino que, al mismo tiempo, contribuye a reconfigurarlas, alterando los modos de encuentro, reconocimiento y exclusión en lo público.

En tanto y en cuanto compartimos con Giorgi (2018) que el odio contemporáneo es

un odio escrito⁶: un odio que se publica, se postea, se viraliza y se hace cadena, que no se trata de meros exabruptos pasajeros, sino de prácticas discursivas con capacidad de modelar la configuración de la vida democrática, elegimos trabajar sobre la categoría de discursos de odio en la esfera pública virtual de la red social Instagram de la Fcpolit. Surge entonces una pregunta ineludible: ¿qué entendemos por discursos de odio?

Discursos de odio en redes sociales

El término “discurso de odio” carece de una definición unívoca y consensuada, oscilando entre aproximaciones normativas, lingüísticas, sociológicas y filosóficas. El concepto todavía se encuentra en debate debido a la amplitud de aspectos que encierra: la tensión entre la libertad de expresión/opinión y la necesidad de proteger a colectivos históricamente vulnerados; la discusión sobre si debe privilegiarse la intención del emisor o los efectos sociales del enunciado; la controversia de si se trata de expresiones aisladas o de prácticas sistemáticas de exclusión; la hostilidad genérica frente a la incitación directa y el siempre discutido umbral de daño, entre otros de diversas disciplinas.

En el plano internacional, la Organización de las Naciones Unidas elaboró en el año 2019 un Plan de Acción y Estrategia para la lucha contra los discursos de odio donde define a los mismos como:

cualquier forma de comunicación de palabra, por escrito o a través del comportamiento, que sea un ataque o utilice lenguaje peyorativo o discriminatorio en relación con una persona o un grupo sobre la base de quiénes son o, en otras palabras, en razón de su religión, origen étnico, nacionalidad, raza, color, ascendencia, género u otro factor de identidad. (ONU, p.3)

A nivel regional, la Convención Americana sobre Derechos Humanos (art. 13) reconoce la libertad de expresión como pilar democrático, pero admite restricciones para aquellas manifestaciones que constituyan apología del odio nacional, racial o religioso que incite a la violencia. En Argentina, la Ley N.º 23.592 de Actos Discriminatorios establece sanciones frente a actos que restrinjan derechos o inciten al odio por motivos de raza, religión, nacionalidad, ideología, sexo o condición social, mientras que la jurisprudencia ha debatido el alcance de estas limitaciones en relación con la libertad de expresión. Asimismo, previo a su desmantelamiento y disolución por el actual gobierno del presidente Javier Milei,

⁶ La cita textual es "el odio contemporáneo es *fundamentalmente* un odio escrito", sin embargo, la misma se ve problematizada en un texto más reciente del autor "*Dar el salto: odio y mutación*" (2023) debido al intento de magnicidio de Cristina Fernández de Kirchner el 1 de septiembre de 2022.

el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) proponía trabajar los discursos de odio desde una visión ampliada, entendiendo que:

estas expresiones, en sus múltiples niveles, son utilizadas para acosar, perseguir, segregar, justificar la violencia o la privación del ejercicio de derechos, generando un ambiente de prejuicios e intolerancia que incentiva la discriminación, la hostilidad o los ataques violentos a ciertas personas o grupos de personas; por motivos de raza, color, sexo, idioma, religión, opiniones políticas o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica o cualquier otra condición social. (INADI, 2022, p.3)

Es interesante resaltar que, a diferencia de la definición provista por Naciones Unidas, la recogida por el INADI reconocía expresamente la pertenencia u opinión política como uno de los rasgos identitarios que ameritan ser protegidos frente a los ataques de este tipo. Este matiz no es menor: las normativas son siempre reflejo de los contextos históricos, sociales y políticos que las producen. La creación del Instituto, en 1997, estuvo directamente vinculada a los atentados contra la AMIA y la Embajada de Israel, hechos que, entre otros, expusieron la necesidad de una política estatal de lucha contra la discriminación, el racismo y la xenofobia. Resulta, entonces, paradójico que en un momento de recrudecimiento de las violencias hacia distintos colectivos históricamente vulnerados —y en nombre de una supuesta defensa de la libertad—, el organismo sea desmantelado. Una paradoja que se profundiza si se considera que quienes impulsan su cierre son, precisamente, algunos de los principales voceros públicos de los discursos de odio en la escena política contemporánea.

Más allá de las definiciones normativas, desde las ciencias sociales y las humanidades se ha problematizado el fenómeno con distintos matices. Judith Butler (1997), sostiene que “la actual preocupación política por el discurso del odio enfatiza la forma lingüística que asume una conducta discriminatoria” (p.126) en tanto acto de habla con capacidad performativa.

Asimismo, otrxs autores enfatizan sobre los efectos directos que tienen los discursos de odio sobre quienes son amenazados, asediados o violentados en la esfera pública, ya sea por sus posiciones políticas, sus opiniones o por pertenecer a minorías sociales (Tesis, 2002). Violencias que inciden en la vida de las personas y en ámbitos tan diversos como la construcción de la identidad, las familias, las instituciones escolares o el mundo laboral. Desde otra perspectiva, se ha puesto el foco en cómo estas expresiones dañan los límites internos de la esfera pública y las reglas básicas de la vida democrática, inhibiendo la voz

de colectivos sociales o lesionando la dignidad de miembros de grupos vulnerables en un grado tal que impide que su vida social se desarrolle en condiciones de seguridad y reconocimiento (Waldron, 2010).

En el campo local, el Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (en adelante, LEDA) de la Universidad Nacional de San Martín ha venido trabajando sobre la noción de discursos de odio, realizando diversas investigaciones de tipo cualitativas y cuantitativas. Sus estudios permiten superar la mirada reduccionista del discurso de odio como simple insulto individual: no puede reducirse a un insulto ni a una expresión aislada sino que constituye un conjunto de prácticas discursivas que buscan deshumanizar a personas o colectivos, legitimando su exclusión o eliminación de la comunidad. Este aporte resulta clave para pensar el odio como práctica social con efectos concretos en la configuración del espacio público. En ese sentido, a lo largo de este trabajo se adoptará la definición propuesta por el grupo LEDA como marco de referencia para abordar los discursos de odio. Puntualmente:

entendemos por discursos de odio, a cualquier tipo de discurso pronunciado en la esfera pública que procure promover, incitar o legitimar la discriminación, la deshumanización y/o la violencia hacia un grupo de personas o persona en función de la pertenencia de las mismas a un grupo religioso, étnico, nacional, político, racial, de género o cualquier otra identidad social. Estos discursos generan con frecuencia un clima cultural de intolerancia y odio y, en ciertos contextos, pueden provocar en la sociedad civil prácticas agresivas, segregacionistas o genocidas. (Abramovich et al., 2021, p.1)

En ese marco, Daniel Feierstein, sociólogo e investigador del CONICET, nos invita a pensar cómo ese odio expresado en discursos puede ser instrumentalizado políticamente con la finalidad de deslegitimar, estigmatizar o deshumanizar a ciertos grupos sociales contruidos como amenaza o enemigo. En su obra *“La construcción del enano fascista”* (2019) sostiene que tales discursos pueden formar una capilaridad fascista que organiza prácticas sociales fascistas, en tanto suponen la movilización activa de amplios colectivos y su participación en la estigmatización, el hostigamiento y la persecución de grupos poblacionales identificados a partir de su origen nacional, diversidad étnica, lingüística, cultural, socioeconómica, política, religiosa, de género o identidad sexual.

En lo que respecta a este trabajo y como ha sido evidenciado anteriormente, sin dudas la especificidad del entorno digital agrega otra dimensión a la problematización de este fenómeno. A decir de Giorgi:

El universo de las redes y sus tecnologías de escritura, que en los 90s —su

momento de surgimiento— fueron saludados como un impulso democratizador postnacional y como vía de diálogo intercultural, gravita en cambio hacia esta zona reactiva, de violencia restauradora, desde donde hace presión sobre lo público y lo democrático. Ahí se piensa el odio en presente. (2018, p.56)

Alberti (2023), citando a Kiffer (2020) en *Las vueltas del odio*, se pregunta ¿qué escuchamos en situaciones de odio? y propone atender a los gestos, las escrituras y los discursos del odio y entenderlos como gritos enmudecidos que insisten en las sombras y que desnudan la imposibilidad colectiva de escucharlos. En esta línea, el recorrido que se propone en esta tesis parte de reconocer que esos gritos no irrumpen de manera súbita, sino que se inscriben en continuidades históricas y discursivas que lentamente fueron configurando modos de nombrar y de percibir lo político, lo público y lo común. Sin adelantar aquí su desarrollo, lo que sigue buscará hacer visibles esas huellas y desplazamientos, mostrando cómo adquieren nuevas formas en el presente digital, ancladas al odio y a su potencial de movilización política en el espacio universitario de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Sobre la base de lo hasta aquí expuesto, se avanzará en el pasaje del plano conceptual al empírico, con el objetivo de poner en diálogo los comentarios relevados en el corpus digital con el andamiaje teórico, la “caja de herramientas” al estilo de Foucault. El interés no reside en el comentario aislado, sino en la posibilidad de rastrear en ellos formaciones discursivas (Laclau y Mouffe, 2004) más amplias que, en última instancia, pueden articularse con dinámicas fascistas contemporáneas. De este modo, se buscará observar cómo los discursos de odio expresados en el espacio digital contribuyen a (re)configurar sentidos en torno a la política, la militancia universitaria, la función educadora de la universidad, la alteridad y, en definitiva, la democracia misma. El debate no es meramente académico: es esencialmente político.

Política no me gusta/Neoliberalismo me gusta

A *contrario sensu*, en el relevamiento de los comentarios que constituyen el corpus digital del presente trabajo, uno de los núcleos que evidencia una profunda consolidación en las redes circundantes de la Facultad es aquel que deslegitima a la política, procurando su abstención e incluso su prohibición en la institución:



Como se evidencia en la imagen, comentarios como “*En la universidad no tendría que haber ningún cartel, ni partidos, nada, es un lugar para estudiar*”, “*La universidad pública no tiene x que estar politizada*” o “*BASTA DE POLÍTICA*” en sus diversos matices, permiten reconocer un núcleo discursivo reiterado: “*la política fuera de la universidad*”⁷. La insistencia en este enunciado revela la consolidación de un sentido que concibe la universidad exclusivamente como un espacio de estudio, donde no debe tener lugar la política. Pero, ¿qué hay más allá del comentario?

En este trabajo partimos de considerar los aportes teóricos de Chantal Mouffe en su obra “El retorno de lo político” (1999). Allí, la politóloga belga, en un intento por “proteger a las instituciones democráticas de los diferentes peligros que la asedian” (p.13) propone una distinción analítica entre

‘lo político’ ligado a la dimensión de antagonismo y de hostilidad que existe en las relaciones humanas, antagonismo que se manifiesta como diversidad de las relaciones sociales, y ‘la política’ que apunta a establecer un orden, a organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre conflictivas, pues están atravesadas por ‘lo político’. (p.14)

⁷ Es interesante señalar que el significante “*afuera*” también ha sido utilizado reiteradamente por el actual presidente Javier Milei, tanto en campaña como en ejercicio de gobierno, para dar cuenta de la eliminación de ministerios y políticas públicas específicas.

En otras palabras, la política conlleva siempre un elemento eminentemente político, ontológicamente ineliminable, ligado al antagonismo y a la construcción de un “otro” que actúa como exterior constitutivo para la afirmación de existencia de toda identidad. Ahora bien, lo que propone Mouffe en una crítica al paradigma liberal (Rawls, 1994) y en pos de hallar una visión superadora de Schmitt (1932) es que si bien los antagonismos son constitutivos de la política, resulta necesario sublimarlos en una lógica agonista que permita la construcción consensual de un orden democrático y plural. La construcción política agonista requiere, entonces, para la construcción discursiva de hegemonías democráticas, del diálogo y el debate plural de ideas (Laclau y Mouffe, 1987) y la búsqueda de acuerdos y consensos colectivos.

Sin embargo, los enunciados analizados intentan clausurar la politicidad propia del espacio universitario, presentando como deseable una universidad reducida a su dimensión académica-instrumental, un espacio de neutralidad imposible, inexistente e irrealizable. En esa medida, operan desde un posicionamiento esencialmente político, profundizando y exacerbando el antagonismo propio de la política. En este sentido, si consideramos que “la definición de lo que es y de lo que no es político en la sociedad en un momento dado es producto de los conflictos por la hegemonía” (Landi, 1988, p. 202), estamos en condiciones de afirmar que asistimos en los últimos años a un fuerte proceso de despolitización que busca imponer un nuevo orden sociocultural de la antipolítica. Dicho orden, tomando como base a la política —en tanto práctica orientada a la construcción de hegemonías y atravesada por el antagonismo y el poder como dimensiones constitutivas—, intenta borrar su inherente aspecto político y termina por transformarse, de este modo, en un discurso político de la antipolítica (Fair, 2012).

En esa línea, el discurso político de la antipolítica no se limita a negar el conflicto constitutivo de lo social; por el contrario, en su intento de esconderlo, opacarlo y/o eliminarlo, termina por reactivarlo y se constituye a sí mismo en posición antagónica. De este modo, el conflicto y el antagonismo se hacen presentes en la vida democrática bajo la forma del juego “la política vs. la antipolítica” y, en lo atinente a esta investigación, en oposiciones como “la militancia vs. el estudio” o “lxs militantes vs. lxs estudiantes de bien”. A lo largo del escrito abordaremos esta tensión inherente de lo político, cargada de sentidos y emociones, así como las formas de orden que este conflicto adopta en el escenario contemporáneo.

Efectivamente, al presentar a la Facultad como un espacio exclusivamente académico, la militancia estudiantil aparece como una actividad ilegítima, impropia y dañina para la institución. De este modo, la despolitización no opera únicamente sobre el plano de las ideas, sino que se traduce en una deslegitimación de modos concretos de intervenir en la vida universitaria. Expresiones como las vistas arriba al tiempo que configuran una idea

de lo académico desligado de la política, invalidan cualquier práctica militante, como podemos ver a continuación:



Los comentarios reunidos en la imagen ilustran con claridad la manera en que el discurso antipolítico se despliega en el espacio digital de la Fcpolit. Una primera línea de enunciados se organiza en torno a la oposición tajante entre estudio y participación política institucional: “*dejen de militar y pónganse a estudiar*” o “*a las universidades se va a estudiar, no a hacer política*”. Aquí la militancia aparece como lo que “desvía” a lxs estudiantes de su supuesto objetivo central, reforzando la representación de una universidad reducida a su tarea explícita de transmitir conocimientos. “*Priorizan cosas que nada tienen que ver con estudiar, muchos y muchas hacen política en la facu*”. En esta mirada, la institución queda despojada de su politicidad, de su capacidad de generar comunidad, de habilitar el disenso y de formar sujetos críticos, como si pudiera existir un espacio neutro, ajeno a la vida social, donde lxs estudiantes sean meros receptores de contenidos, casi como “robotitos” sin agencia ni participación. Una segunda serie de expresiones va un paso más allá al asociar la militancia con prácticas de corrupción o aprovechamiento ilegítimo: “*dejen de currar*”, “*hacen todo un teatro porque se les termina el curro*”, “*los deberíamos echar a ustedes que son los que hacen política en la facultad*”. En este registro, lo que se deslegitima es la participación política estudiantil en tanto práctica colectiva, que justamente busca representar a lxs estudiantes, intervenir frente a situaciones de injusticia o desigualdad y

disputar condiciones más justas dentro de la vida universitaria, presentada —desde estos enunciados— como un uso indebido de la facultad y de sus recursos. La militancia se representa como un mecanismo de beneficio personal, una actividad que vive a expensas del esfuerzo ajeno o de los fondos públicos, antes que como una forma legítima de organización estudiantil y de ejercicio democrático. Así, se construye un sentido común donde militar no es aportar al fortalecimiento democrático de la institución, sino aprovecharse de ella, “sacarle rédito” o “hacer negocio” con la política. Lo que está en juego, entonces, no es únicamente la negación de la politicidad universitaria, sino también la reducción de la militancia a una práctica degradada, impropia y moralmente condenable dentro de la vida académica.

Este desplazamiento hacia la deslegitimación de la militancia no puede entenderse únicamente como un malestar circunstancial o como la reacción aislada de algunxs usuarixs de Instagram. Por el contrario, forma parte de un proceso más profundo de configuración de sentidos, en el cual la militancia estudiantil es reducida a una práctica ilegítima, ya sea por “desviar” a lxs estudiantes de su tarea de estudiar o por constituir un supuesto “curro” y un aprovechamiento indebido de la Facultad. En esta lógica, la participación política deja de ser concebida como un derecho y una dimensión inherente a la vida democrática para ser narrada como un problema, un desvío o una amenaza. Esta operación discursiva, que efectivamente parte del rechazo a la política, puede pensarse también como una estrategia del discurso político de la antipolítica en la disputa por la hegemonía, una forma de intervenir políticamente en la configuración de los sentidos legítimos sobre la universidad. Todo ello encuentra su fundamento en una lógica normativa más amplia: el neoliberalismo.

El neoliberalismo erigió “una sociedad heterogénea y fragmentada, surcada por profundas desigualdades de todo tipo —clase, etnia, género, religión— que fueron exacerbadas con la aplicación de las políticas neoliberales” (Borón, 1999, p. 52). Al mismo tiempo, como advierte Perry Anderson (1997), el neoliberalismo no se limitó a imponer un programa económico, sino que constituyó una verdadera ofensiva cultural destinada a debilitar alternativas políticas y naturalizar la despolitización. En palabras del autor:

Política e ideológicamente ha logrado un grado de éxito quizás jamás soñado por sus fundadores, diseminando la simple idea de que no hay alternativas para sus principios, y que todos, partidarios u opositores, tienen que adaptarse a sus normas. ... Este fenómeno se llama hegemonía. (p.198)

Más allá de las distinciones conceptuales “... la mayoría de los análisis coinciden en que los procesos reunidos bajo la rúbrica de *neoliberalismo* apuntan a configurar una forma social capaz de alcanzar todos los aspectos de la vida individual y colectiva” (Germain,

2022, p.43). En esa dirección, Laval y Dardot (2013) sostienen que el neoliberalismo debe pensarse antes que como una ideología o una política económica, como una racionalidad que no solo organiza la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados. Efectivamente,

El neoliberalismo no es sólo destructor de reglas, de instituciones, de derechos, es también productor de cierto tipo de relaciones sociales, de ciertas maneras de vivir, de ciertas subjetividades. Dicho de otro modo, con el neoliberalismo lo que está en juego es, nada más y nada menos, la forma de nuestra existencia, o sea, el modo en que nos vemos llevado a comportarnos a relacionarnos con los demás y con nosotros mismos. (p.14)

Siguiendo con la tesis desarrollada por los autores, la especificidad de la racionalidad neoliberal reside en generalizar la competencia como norma de comportamiento e instaurar la empresa como modelo de subjetivación. Es en este marco, que se afirma que la deslegitimación de la militancia estudiantil no constituye un fenómeno aislado, sino que está atravesado por una racionalidad neoliberal. Al instaurar la competencia y la productividad como valores supremos, esta racionalidad define como válidas únicamente aquellas prácticas que pueden traducirse en rendimiento académico o en capitalización individual, y tilda de ilegítimas aquellas que, como la militancia, no encajan en la *tablita* del cálculo “eficiente”. Así, militar se convierte en un desvío o en un “curro”, porque no aporta a la acumulación de capital humano (Brown, 2020) ni a la eficiencia que el neoliberalismo impone como norma de vida. En consecuencia, lo que se define en estos discursos no es simplemente una opinión sobre cómo debe funcionar la universidad, sino la expresión de un modo de gobierno de las conductas que establece qué prácticas son aceptables y cuáles deben ser expulsadas del espacio institucional.

Ahora bien, al mismo tiempo que se desacredita la participación política como un “curro” o un obstáculo para la eficiencia universitaria, el discurso antipolítica no logra suprimir del todo la dimensión conflictiva de lo social. Por el contrario, en la misma operación que pretende clausurar el antagonismo, produce su propio exterior constitutivo (Mouffe, 1999): lxs militantes. De este modo, la antipolítica configura una otredad negativa (Feierstein, 2007), en la que quienes participan políticamente en la institución aparecen como figuras sospechosas, improductivas y dañinas para la comunidad universitaria. Es en este punto donde el discurso antipolítica se fusiona con una lógica afectiva más violenta: el odio.

Esto se enuncia con fuerza en los comentarios relevados en las publicaciones de Instagram de la Facultad de Ciencia Política y RRH, donde la estigmatización de la

militancia no se limita a cuestionar una práctica, sino que se traduce en lo que reconocemos como discursos de odio violentos dirigidos a lxs estudiantes que la ejercen. Estas expresiones pueden organizarse en dos núcleos: por un lado, aquellos que construyen su figura como lxs ilegítimos, asociándolxs con la criminalidad y el fraude (“ñoquis”, “ladrones”, “criminales”); y por otro, aquellos que deshumanizan a lxs militantes mediante metáforas biologicistas y patologizantes (“parásitos”, “cáncer”, “ratas”).

Lxs militantes como ilegítimxs



En la imagen expuesta, los comentarios se dirigen directamente contra lxs militantes, nombrándolxs como “ñoquis”, “ladrones” o “criminales”. No se trata de un cuestionamiento a la militancia en abstracto, sino de una estigmatización explícita de quienes la ejercen. En términos de LEDA (UNSAM), estos enunciados configuran discursos de odio, en tanto degradan y excluyen a un grupo social al asociarlo con la criminalidad, el fraude o la improductividad. Aquí, se profesa, contra lxs estudiantes que participan políticamente en la institución la acusación de improductividad (“agarran una pala”, “laburen”), la criminalización directa (“los únicos criminales son ustedes”, “inmorales ladrones”) y la burla irónica (“se adelantó el 29”). Como advierten Parodi, Cuesta y Wegelin (2022), este tipo de discursos no se agotan en el ataque particular, sino que producen un efecto de generalización: el discurso dirigido a unx estudiante singular se proyecta sobre la totalidad de lxs militantes,

que aparecen así como un colectivo ilegítimo, fraudulento y ajeno a la comunidad universitaria, y viceversa.

Lxs militantes como plaga

El segundo núcleo identificado en los comentarios del corpus se organiza en torno a metáforas biologicistas y patologizantes⁸. Expresiones como “*parásitos*”, “*cáncer*”, “*ratas*” o “*garrapatas estatales*” no solo deslegitiman la militancia como práctica, sino que directamente degradan a quienes la ejercen, ubicándolxs en el registro de lo no-humano o lo dañino. En este caso, el discurso de odio no se limita a denunciar fraude o improductividad, como en el núcleo anterior, sino que transforma al militante en un cuerpo extraño, contaminante, cuya mera presencia representa un mal para la institución.



Los comentarios expuestos muestran cómo la militancia es nombrada en clave de enfermedad o plaga. El militante es “cáncer” que debe ser extirpado (“*son un cáncer, la facultad se tiene que preocupar de dar la mejor educación posible, no hacer banderas*

⁸ Como advierte el artículo “*Dimensiones afectiva, factual y simbólica del odio en la discursividad política argentina. El caso de la agrupación Revolución Federal*” (Bermúdez y Bitonte, 2021), el empleo de metáforas biologicistas aplicadas al orden social tiene antecedentes ominosos, como el nazismo o la última dictadura militar argentina, donde el cuerpo social fue representado como un organismo enfermo que debía ser “purificado” mediante la eliminación de sus “agentes patógenos”.

políticas”), “parásito” que vive a costa de otros (“unos parásitos... eso eran”; “sí, re laburando para los parásitos”), “rata” que contamina (“vayan a estudiar ratas”; “laburen ratas, culpa de los k”), o “garrapata estatal” que se aferra sin derecho a recursos públicos. Estas metáforas cumplen una doble función: por un lado, deshumanizan, al negar la condición de sujeto político; por otro, legitiman la idea de eliminación, ya que lo que se presenta como cáncer, plaga o parásito no se debate ni se discute: se erradica. En términos de LEDA (UNSAM), este desplazamiento discursivo constituye una forma radical de odio, pues no se limita a la exclusión del otro, sino que habilita su expulsión simbólica y la fantasía de su desaparición.

Este núcleo marca un salto respecto del anterior: si allí la militancia era denunciada como un fraude improductivo o un colectivo ilegítimo, aquí se la representa directamente como una amenaza a la “salud” de la institución y de la sociedad. La opCHAeración discursiva es más violenta porque no deja lugar a negociación ni reconocimiento posible. El militante ya no es un adversario (Mouffe, 1999), sino un cuerpo dañino cuya existencia pone en riesgo al conjunto social.

Odio neoliberal

Los dos núcleos trabajados en el apartado anterior —lxs militantes como ilegítimxs (“ñoquis”, “vividores”) y lxs militantes como plaga (“parásitos”, “cáncer”, “ratas”)— muestran, a pesar de sus grados y matices, un movimiento: mientras la antipolítica pretende negar el antagonismo propio de lo político, produce simultáneamente otredades negativas (Feirenstein, 2007). Al sostener la fantasía de una universidad “neutral” y “sin política”, se clausura el agonismo democrático (Mouffe, 1999) y se despoja de legitimidad a lxs militantes de la Facultad. Ese “otro” deja de ser adversarix para volverse impropio, improductivo y nocivo.

Efectivamente, en ambas series discursivas se evidencia que la antipolítica no “saca lo político” de la universidad: impone un discurso político que expulsa a lxs militantes a través de discursos de odio que trazan fronteras. Como plantea Ahmed (2015), el odio no se opone al amor sino a la indiferencia: “en el odio, el objeto marca una diferencia” (p.89). Ese afecto no es un estado interior aislado, ordena adentro y afuera, fija pertenencias y justifica exclusiones. En nuestro corpus, los rótulos de improductividad y parasitismo operan precisamente así: transforman a lxs militantes en otredades negativas, objetos de odio, sobre quienes se proyecta la amenaza y a quienes se busca mantener fuera del “adentro” institucional. El siguiente comentario condensa mucho de lo hasta aquí dicho:

98 sem

Pongan nombre y apellido manga de
cagones chorros inmundos soretes
ñoquis vividores del impuesto
inflacionario

Responder



En esa línea, el “pongan nombre y apellido” cristaliza un odio que traza frontera: no busca debatir, sino señalar y separar, colocando a la militancia del lado de afuera de la comunidad institucional. Ese desplazamiento del disenso al señalamiento punitivo instala una lógica de vigilancia y castigo que normaliza la exclusión. ¿Qué forma de organización del conflicto se construye desde allí? ¿Una comunidad democrática capaz de albergar la diferencia o una comunidad que se preserva a sí misma expulsando a sus disidencias?

Este clima afectivo no es contingente: el neoliberalismo establece sus condiciones de posibilidad. Como racionalidad que generaliza la competencia y la forma-empresa, redefine los marcos de reconocibilidad de lo humano y convierte el rendimiento en criterio de valor (Laval y Dardot, 2013; Foucault, 2016), al tiempo que, como señalamos en la Introducción, agudiza la desigualdad en la distribución de las riquezas, cercena derechos de minorías estructuralmente oprimidas y expande la pobreza, el desempleo y la marginalidad, entre otros procesos. En ese horizonte, múltiples autorxs leen al odio como afecto privilegiado del neoliberalismo, en tanto y en cuanto canaliza el malestar social hacia otrxs —en este caso, lxs militantes—, en lugar de interpelar las condiciones estructurales que lo generan (Laval y Dardot, 2013; Brown, 2020; Lorey, 2016)⁹.

⁹ A esto puede añadirse otra forma de socavamiento de la democracia presente en ciertas corrientes neoliberales extremas. La Escuela Neoliberal Norteamericana, vinculada a Milton Friedman, sostiene que cuanto más amplia sea la esfera del mercado, menos cuestiones quedarán sujetas a la deliberación colectiva y a la construcción de consensos, lo que implicaría —según su planteo— un funcionamiento “más eficiente” de la sociedad. A decir de Saidel (2022), esta matriz ideológica tiene por objetivo inevitable el desplazamiento de la política y la limitación de la democracia. En efecto, en tanto se sostiene en la privatización total de las funciones estatales conduce indefectiblemente a la disolución de los fundamentos de la ciudadanía y al ascenso de la figura del consumidor. Bajo esta lógica, los conflictos sociales dejan de tramitarse políticamente y pasan a gestionarse mediante decisiones individuales de compra. Cuando el mercado sustituye a lo público, ya no hay derechos que garantizar ni espacios donde ejercer la voz o el voto: la democracia se erosiona y lo común se reduce a una transacción. Esta perspectiva aparece con claridad en diversas declaraciones del presidente Javier Milei, entre ellas la afirmación de que la educación “no es un derecho” porque

Siguiendo a Ahmed, este odio opera como economía afectiva: adhiere a ciertos cuerpos, generaliza rasgos y fija fronteras de pertenencia (Ahmed, 2015). No hay allí adversarix –como propone Mouffe en su lógica agonista–, sino enemigo; no hay diálogo, sino deseo de eliminación. Así, los discursos de odio analizados performan mundo: niegan el agonismo y afirman el antagonismo al punto de canalizarlo en enemistad, configurando un orden donde la eliminación del otro aparece como forma posible de resolver el conflicto.

Ahora bien, si ese odio es movilizad o instrumentalizado políticamente –si deviene fuerza de activación, consigna y práctica–, el interrogante se impone: ¿no asistimos a la emergencia de prácticas sociales fascistas en el espacio digital de la Facultad? (Feierstein, 2019). Porque si el neoliberalismo despolitiza y fragmenta, el fascismo retoma ese malestar y lo reordena en clave de enemistad. Aquella pregunta guiará el próximo capítulo.

“alguien la paga”, o sus persistentes vacilaciones respecto de la democracia como forma de organización social.

Capítulo 3: Fascismo comenzó a seguirte

A lo largo de los apartados anteriores analizamos la circulación de discursos de odio en el entorno digital de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, observando cómo expresiones como “*ñoqui*” o “*parásito*” condensan un modo particular de nombrar al otrx militante y de anular su presencia en la institución. Dichos núcleos, enmarcados en una racionalidad neoliberal que convierte la productividad en criterio de valor y la competencia en norma de vida, respaldan un discurso político de la antipolítica y configuran las condiciones sociales propicias para la construcción del “militante” como otredad negativa, figura sobre la cual se proyectan el desprecio y la desconfianza hacia la política.

En este capítulo se propone avanzar sobre esa trama, desplazando el foco hacia las lógicas fascistas que atraviesan dichas expresiones. Ya no se trata solo de describir los discursos de odio, sino de reconocer cómo pueden organizar prácticas sociales que buscan, además de socavar la participación política, anular la diferencia, reducir la pluralidad y desfondar los límites de los consensos democráticos construidos.

Antes de avanzar, resulta necesario precisar desde qué lugar conceptual entendemos aquí la noción de fascismo. No se trata de equiparar las dinámicas actuales con los regímenes históricos del siglo XX, sino de reconocer la persistencia de ciertos elementos que reactivan su lógica. Siguiendo a Daniel Feierstein (2019), el fascismo puede pensarse no solo como una ideología o un régimen político, sino como una forma social contemporánea que requiere de una materialidad concreta, expresada en prácticas que movilizan activamente a sectores sociales en la estigmatización, el hostigamiento o la persecución de grupos contruidos como amenaza. En este marco, los discursos de odio no constituyen por sí mismos prácticas fascistas, pero sí conforman su capilaridad simbólica y afectiva: la trama cotidiana de enunciados, gestos y afectos que naturalizan la exclusión y disponen las subjetividades para su aceptación y reproducción.

Así comprendido, el fascismo no constituye un fenómeno excepcional ni confinado al pasado, sino una lógica que puede reaparecer bajo nuevas condiciones históricas, en complicidad con la racionalidad neoliberal de nuestro tiempo¹⁰. El fascismo “comienza a seguirnos” cuando esas formas se vuelven familiares, cuando sus gestos y su retórica habitan los espacios cotidianos —incluso los digitales— y moldean las formas en que nos relacionamos con otrxs, configurando sensibilidades que naturalizan la violencia y participan en la expulsión simbólica.

¹⁰ Numerosos son los debates acerca de la interrelación entre neoliberalismo y fascismo. Aquí, no se los entiende como aspectos separados, sino más bien en confluencia. Otrxs autores, como Matías Saidel, proponen más bien identificar los aspectos inherentemente autoritarios de la propia racionalidad neoliberal y su confluencia con las ultraderechas actuales. Ver “*Consideraciones sobre las críticas neoliberales a la democracia*” (Saidel, 2022).

El fascismo como práctica social

Durante los últimos años, y cada vez con mayor frecuencia, nos paralizamos frente al televisor –para quienes todavía lo conservamos como principal medio de comunicación– al escuchar que intentaron asesinar a la principal líder del movimiento nacional y popular de la Argentina; que jóvenes negros son ejecutados públicamente en las calles estadounidenses; que cientos de miles de migrantes mueren en el mar Mediterráneo por políticas de criminalización; que los salvadoreños viven bajo un régimen de excepción cargado de arbitrariedades e ilegalidades; que asociaciones religiosas irrumpen en marchas por el Día del Orgullo en clara señal de enfrentamiento; que ejércitos de trolls o usuarios de X persiguen y hostigan a periodistas por sus posicionamientos políticos; que el pueblo palestino es sometido a un genocidio transmitido en tiempo real ante la mirada del mundo; o que un primer mandatario confiesa abiertamente su odio hacia una parte de la población a la que debe representar.

Estas escenas, que podrían parecer dispersas, expresan un clima de época signado por el recrudescimiento de discursos autoritarios, xenófobos y misóginos, y por la expansión de formas de violencia política y simbólica que, a su vez, encuentran en los medios y las redes sociales un vehículo privilegiado de circulación. Diversos autores han intentado comprender estos procesos sociales y políticos a través de distintas categorías: algunxs lo abordan en términos de posfascismo (Traverso, 2021), otrxs lo piensan como expresión de totalitarismos (Arendt, 1951; Benhabib, 2006), Derecha 2.0 (Forti, 2021) o populismos de derecha (Mudde, 2017). Más allá de las diferencias conceptuales, todxs coinciden en señalar que asistimos a una reconfiguración de los modos en que la violencia, el odio y la exclusión se inscriben en el espacio público, habilitando formas de acción política que amenazan los fundamentos democráticos.

Hablar de fascismo en la actualidad y, especialmente en Argentina podría parecer, a simple vista, una displicencia histórica y geográfica. Sin embargo, el sociólogo Daniel Feierstein nos ayuda a comprender la realidad social contemporánea a partir del reconocimiento de la existencia de ciertos elementos fascistas, particularmente lo que denomina “prácticas sociales fascistas”. En “La construcción del enano fascista” (2019), Feierstein advierte que pensar el fascismo únicamente como una ideología o como un régimen político limita su comprensión. Efectivamente, el uso de categorías que remiten a experiencias históricas del siglo XX en Europa no impide pensarlas en la actualidad, siempre que se tenga presente que las comparaciones históricas permiten trazar analogías, no establecer homologías (Traverso, 2021). En tal sentido, propone abordarlo como una práctica social, definida como aquella que habilita la movilización activa de amplios sectores de la sociedad en la estigmatización, el hostigamiento y la persecución de determinados

grupos contruidos como amenaza. En sus palabras:

Entendido en tanto práctica social, el fascismo implica la posibilidad de movilización activa de grandes colectivos y su participación –también activa– en la estigmatización, hostigamiento y persecución de grupos de la población (identificados a partir de su origen nacional, su diversidad étnica, lingüística, cultural, socioeconómica, política, religiosa, de género o identidad sexual, etc.). (Feierstein, 2019, p.38)

El autor advierte que estas prácticas sociales no emergen en el vacío, sino que se articulan en contextos de frustraciones socioeconómicas derivadas de las crisis recurrentes del capitalismo y de los procesos de redistribución regresiva del ingreso. En el marco de una racionalidad neoliberal que, además de ser destructor es productor de subjetividades meritocráticas, individualizantes y por tal, fragmentadas, el fascismo encuentra un terreno fértil: canaliza ese descontento social proyectándolo sobre determinados grupos que son contruidos como responsables de la decadencia colectiva. Migrantes, beneficiarixs de planes sociales, minorías culturales, religiosas o de identidad sexual, pueblos originarios y “todo aquello que constituye posibilidades de movilización de los sectores sufrientes, propuestas para proyectar sus frustraciones en otros grupos de población, como estrategia para desviar la atención de las consecuencias del brutal aumento de la desigualdad” (2019, p.44).

Estas prácticas encuentran su eficacia en la construcción de una capilaridad fascista en la sociedad que se extiende a los planos más cotidianos de la vida social. Como señala Feierstein, el fascismo no requiere de un aparato estatal centralizado para operar: apela a conectar con algunos elementos de nuestra estructura psíquica, se filtra en nuestros discursos, construye nuevas formas de socializar con otrxs, *nos comienza a seguir*. Su potencia radica precisamente en esa capacidad de circular y de convertirse en sentido compartido.

En este sentido, cabe preguntarse qué lugar ocupan los discursos de odio en esa capilaridad fascista. Si, como advierte el sociólogo, el odio puede ser instrumentalizado políticamente para construir otredades negativas sobre las cuales proyectar el malestar social, resulta pertinente indagar cómo estas operaciones se actualizan en el entorno digital analizado. Allí, figuras como la de “lxs militantes” condensan buena parte de ese desplazamiento: la frustración y la bronca encuentran en ellxs un destinatario sobre el cual se deposita la causa del malestar colectivo.

Fascismo en red¹¹

En el capítulo anterior, vimos cómo en el marco de una racionalidad neoliberal apabullante, se produce un discurso político de la antipolítica que, en una doble instancia, sitúa a “lxs militantes” en objetos de discursos de odio, por improductivos –lxs ñoquis– o dañinos –lxs parásitos–. En el corpus analizado, justamente, “el odio se vuelve un afecto político clave del presente, un punto de imantación de lenguajes, de formas expresivas y de lugares de subjetivación decisivos ...” (Giorgi, 2018). Aquí, los discursos imantados de odio construyen a lxs militantes como una otredad negativa, en tanto y en cuanto, efectivamente:

El discurso de odio se hace eficaz no porque represente adecuadamente un cierto conjunto de rasgos dados, sino porque adquiere un poder para crear y sostener eso que nombra. Su principal eficacia política es esta capacidad de hacer verosímil el modo en que interpela, y a partir de allí estructurar una escena política y crear nuevas subjetividades que (des)hacen los lazos comunitarios. (Martínez y Sánchez Ceci, p.7)

Estos discursos, entonces, no solo reflejan el orden neoliberal: lo producen y lo sostienen. Al nombrar al militante como “parásito” o “ñoqui”, el odio traduce la desigualdad estructural en culpa individual y le otorga al malestar social una forma reconocible. Esta operación puede verse en algunos comentarios recogidos del entorno digital de la Fcpolit:

¹¹ Diversos autores han abordado la emergencia de expresiones autoritarias en el entorno digital bajo denominaciones como “*distorsiones tecnopolíticas*” (Sierra Caballero y Solá, 2020), “*tecnofascismo*” (Arencón Beltrán, Sola Morales, y Hernández Conde, 2023), o “*fascismo digital*” (Pereira Da Silva, 2022), aludiendo a la apropiación violenta de las TIC por movimientos reaccionarios, ultranacionalistas, machistas o xenófobos. Estas formas, que intensifican la confrontación mediante dicotomías excluyentes y simplificaciones identitarias, constituyen una amenaza para la deliberación democrática. Aunque en este trabajo no se emplean dichas categorías, se reconoce su pertinencia para situar el fenómeno que aquí se analiza como parte de las transformaciones contemporáneas de la esfera pública digital.



Salvando las distancias, pero en línea similar a los procesos de personificación estigmatizante que en otros momentos de nuestra historia produjeron figuras como la del “cabecita negra” o, más recientemente, la del “choriplanero”, aquí también emergen representaciones que definen quién tiene derecho a *gastar* lo público y bajo qué condiciones, operación que encuentra su complemento y potencia en la actual retórica libertaria de “no hay plata” y el principio moral de que el Estado –y especialmente la política– son por definición un derroche que debe ser ajustado. Si el “choriplanero” era aquel que no trabajaba y vivía del Estado, el “militante ñoqui/parásito” es aquel que no estudia ni produce, pero también vive de los impuestos de “la gente de bien”. En ambos casos, la otredad se construye mediante una operación moralizante que transforma desigualdades estructurales en déficits individuales y, al mismo tiempo, deslegitima la acción colectiva.

En los comentarios analizados, la universidad se presenta como un espacio que debe permanecer neutral, técnico, despolitizado. Lxs militantes son percibidos como una amenaza al orden productivo y meritocrático: sujetxs improductivos que interrumpen el trabajo académico y “desperdician” los recursos de quienes “sí aportan”. La racionalidad neoliberal genera las condiciones de posibilidad y los marcos afectivos para que estos discursos se desplieguen, instalando una lógica donde lo económicamente improductivo se vuelve sospechoso y donde toda forma de participación en lo común es percibida como un exceso. El odio se articula con ese régimen de sentido: agrega al cálculo económico una

dimensión emocional, convirtiendo la frustración social en resentimiento político dirigido.

Como observa Giorgi (2018), las escrituras del odio en el territorio electrónico adquieren una dimensión coral y colectiva, porque “estas frases aparecen en contigüidad con otros enunciados similares, armando un efecto masivo que da la pauta de su dimensión colectiva” (p.61). Esa acumulación no expresa casos aislados de agresividad, sino una tonalidad compartida del espacio público. Los insultos reiterados, las frases repetidas y los comentarios que se encadenan entre sí construyen un agenciamiento colectivo de enunciación¹², donde la violencia se hace lenguaje común y el odio circula como un modo legítimo de decir. No es sólo de arriba hacia abajo, es horizontal.

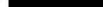
Ese odio que circula, siguiendo a Feierstein, está dirigido en la actualidad a lxs militantes como otredades negativas. Es en ese proceso donde puede pensarse su capilaridad fascista: en la manera en que estos discursos cotidianos y de agenciamiento colectivo, actualizan una matriz de pensamiento que ordena las relaciones sociales en términos de pureza y amenaza, del “estudiante de bien” y “el militante”. Ciertamente:

La configuración de esta existencia como amenaza señala una herida, una pérdida, y provoca una “política del resentimiento”, de la expulsión, del problema acerca de cómo deshacerse de los vivos (y ya no sólo de los muertos), como señala Foucault. (Martínez y Sánchez Ceci, p.11)

Efectivamente, estos enunciados configuran un lazo entre el “nosotros” que odia y el “ellxs” que amenaza, deshaciendo toda posibilidad de reconocimiento del otrx, del alter. La frontera simbólica que se traza entre ambos constituye simultáneamente a las dos partes: el odio produce a su enemigo y se produce a sí mismo. Así, el “nosotros” que odia encuentra en el enemigo –lxs militantes– la justificación de su malestar, y en el acto mismo de odiar, una forma de identidad. Estas narrativas afectivas fundan un lazo comunitario negativo, una comunidad de resentimiento que sostiene su cohesión en la exclusión del otrx. Desde allí, el fascismo se vuelve capilar, se infiltra en las prácticas del decir, en los modos de nombrar, en los repertorios de sentido. En los comentarios analizados en el entorno digital de la Fcpolit, esta dinámica adquiere un nuevo grado de explicitud hacia lxs militantes improductivos o parásitos dañinos:

¹² Deleuze y Guattari señalaban (como se cita en Giorgi, 2018, p.63) que “todo agenciamiento colectivo de enunciación registra y formatea, a la vez, un nuevo orden de cuerpos: es la línea de emergencia de un proceso de reordenamiento de posiciones, de afectos, de modos de situarse en un terreno colectivo en transformación.”

Por ahí necesitamos que agarren una pala o un fusil. Jajaj

  7 sem
🤔🤔🤔🤔 mañana palos y gas
pimienta para todos ❤️❤️
[Responder](#)

Amigo estamos en lucha contra los kukarachos repugnantes,entren a la gerra gerreros saquen a patadas en el culo a los kukarachos repugnantes

4 sem

tal cual!!

Algunos tendrían que volver a nacer!!!

Responder

4 sem

ono haber nacido

Responder

La reiteración de expresiones como estas da cuenta del modo en que el odio se proyecta a escalas más altas. Las metáforas bélicas (*“pala o fusil”*, *“estamos en guerra”*), las apelaciones a fuerzas de seguridad (*“hay que sacarlos con gendarmería”*) y la aniquilación del otro diferente (*“los kukarachos repugnantes”*) evidencian la progresión del discurso hacia formas explícitas de eliminación. El odio se proyecta aquí como violencia deseada, enunciada, celebrada. En ese sentido, estas escrituras son formas de intervenir en lo real, de distribuir lo decible y lo indecible, de organizar la sensibilidad colectiva. En el contexto de la Facultad, estos enunciados moldean percepciones sobre la legitimidad de la militancia, justifican la exclusión de la política del espacio académico y erosionan las formas institucionales de deliberación.

En este punto, siguiendo a Feierstein, puede decirse que las prácticas sociales fascistas requieren de una materialidad social que excede el plano discursivo, pero que se sostiene en él. Los discursos de odio constituyen su capilaridad simbólica y afectiva, al disponer subjetividades, legitimar prácticas y habilitar imaginarios de exclusión que, en determinadas condiciones, pueden devenir en prácticas sociales fascistas concretas. El fascismo, así, no se impone solo por coerción, sino por consenso, en la circulación cotidiana de sentidos que naturalizan la hostilidad y el castigo. En efecto, los discursos de odio conforman la textura cotidiana de esa capilaridad fascista que, como señala Feirestein, encuentra su despliegue en la materialidad asumida por esas expresiones simbólicas, a partir de “agresiones concretas, instigaciones a la delación, hostigamiento de grupos

organizados o violencia estatal” (2019, p.46)¹³. Allí donde medien las condiciones de posibilidad efectivas, el fascismo deja de ser una predisposición afectiva para volverse práctica social, borrando la posibilidad misma de la confrontación y pluralidad democrática. Porque como señalan Martínez y Sánchez Ceci (2023):

Los límites de lo decible se han corrido: no hay sanción para el odiante. El odio antes era privado, y ahora encuentra su estatuto de significativo político plenamente público, verosímil e interpelativo. Su presencia es siempre una transformación en el campo de lo decible: implica tensar los límites de lo que se puede decir y, al mismo tiempo, avanzar en la línea imaginaria de hacer eso que se dice. (p.9)

En esta ampliación de los márgenes de lo decible se juega, en definitiva, la eficacia política del odio: su capacidad para instituir nuevas formas de sentido común que legitiman la exclusión y profundizan y extreman el conflicto hasta el nivel de la enemistad. Los discursos de odio no operan solo en el terreno del lenguaje, sino en la configuración misma de lo político: sustituyen el antagonismo por la enemistad, transforman la diferencia en amenaza y minan los afectos que hacen posible la vida democrática.

¿Odio para qué?

Si en los apartados anteriores analizamos los discursos de odio como parte de la capilaridad fascista que circula en el entramado digital de la Facultad, en este punto interesa profundizar en las finalidades estratégicas que dichos discursos parecen perseguir. Siguiendo a Feierstein (2019), el fascismo, entendido como práctica social, requiere de una base afectiva y discursiva que lo haga posible, capaz de movilizar a amplios sectores para estigmatizar y perseguir a grupos contruidos como amenaza, naturalizando jerarquías y recomponiendo la cohesión social a través de la exclusión.

En los casos analizados, la circulación de comentarios cargados de odio no se agota en la deslegitimación de la militancia universitaria ni en el socavamiento de la participación

¹³ Si bien aquí se analiza la capilaridad fascista enfocando comentarios en redes sociales, resulta pertinente mencionar algunas otras prácticas sociales fascistas que —aunque Feierstein las examina en el contexto nacional— encuentran resonancias locales en la Fcpolit. Entre ellas, puede señalarse la instigación a la delación a través del QR difundido por AlternativaFcpolit para denunciar supuesto “adoctrinamiento” docente (ver <https://www.instagram.com/p/C6zPYo4POot/?hl=es>), así como el ataque *troll* xenófobo y racista dirigido contra quien fuera presidenta de la Federación Universitaria de Rosario y actual estudiante de Comunicación Social en la Fcpolit (ver <https://www.letrap.com.ar/santa-fe/rosario-contundente-respaldo-la-presidenta-la-federacion-universitaria-los-ataques-xenofobos-n5408033>)

política, sino que opera como parte de esa capilaridad, articulándose con otros repertorios discursivos que buscan ampliar su eficacia simbólica para aniquilar las diferencias y negar la pluralidad. En este cuadro de situación, dos estrategias de instrumentalización del odio resultan especialmente significativas y se replican en los comentarios del entorno digital de la Fcpolit: por un lado, el odio que aniquila las diferencias y clausura toda forma de disidencia en clave sexogénica, racial o de clase; por otro, el rechazo a las políticas de Derechos Humanos, como expresiones contemporáneas del entrelazamiento entre fascismo y neoliberalismo.

Desde esta perspectiva, los discursos de odio observados en el corpus no sólo expresan un malestar, sino que son instrumentalizados políticamente para reinstalar sentidos reaccionarios que participan en la disputa democrática y disciplinan las diferencias. En lo que sigue, abordaremos cómo se configuran esas estrategias que parten de la negación de la política como condición de la vida democrática.

El odio que aniquila las diferencias

En posteos de @fcpolitunr, de @alternativafcpolit, de @pampillonfcpolit, de @proyectofcpolit, en suma, de la mayoría de las cuentas vinculadas al entorno digital de la Facultad, se registra una densa cantidad de comentarios que permiten reconocer una estrategia del odio que excede la deslegitimación de la militancia y apunta a la aniquilación simbólica de la diferencia.

En ellos se despliegan discursos que disciplinan cuerpos, lenguajes y pertenencias, reinstaurando jerarquías raciales, de clase y de género que parecían superadas. Tal como advierte Germain (2022), retomando a François y Lebourg (2016), los fenómenos políticos actuales se sostienen en la esencialización de las diferencias, instituyendo ciertos rasgos como fuente de jerarquía e identidad social.

Frases como *“saquen a esos zurdos de mierda”*, *“las tres paraguayas de abajo de qué carajo se ríen”*, o *“me mata la cara de la boli que se hace la argentina con el mate”* condensan una misma operación: la de producir una frontera entre lo legítimo y lo ilegítimo, entre quienes merecen habitar la Facultad y quienes deben ser expulsadxs de ella.

El collage que se presenta a continuación busca visibilizar un efecto coral y masivo de estos enunciados, en tanto expresiones que configuran un sentido compartido que puja por hegemonizar dentro del entramado digital de la Facultad.



Como mencionamos anteriormente, el odio actúa como una economía afectiva (Ahmed, 2015) que se adhiere a ciertos cuerpos, los vuelve reconocibles y, al mismo tiempo, los expulsa. No se trata solo de una emoción individual, sino de un modo de organización del mundo: el odio ordena, jerarquiza, distribuye. En este sentido, estos comentarios no son exabruptos, sino discursos de odio que, al ser instrumentalizados políticamente, operan como tecnologías de gobierno de las conductas (Foucault, 2007): dispositivos que orientan, regulan y normalizan modos de estar en el mundo. Siguiendo a Feierstein (2019), el odio puede ser movilizado como recurso político: su eficacia radica en producir consenso, cohesionando a amplios sectores en torno a la exclusión de un otrx. Así, estos enunciados no solo expresan una animadversión personal, sino que contribuyen a reinstalar un orden homogéneo y normativo dentro de la institución. Lo que se castiga allí es un modo de existencia: la estudiante que dice “muches”, la que tiene flequillo, la que toma mate, la que ríe o se viste de un modo distinto. En cada gesto señalado se lee un intento de restaurar una moralidad que asocia el valor académico con la pulcritud, la delgadez, la blancura, la neutralidad o la masculinidad.

En este punto resulta pertinente recuperar lo que el *Informe Cualitativo #1* del LEDA (Abramovich et al., 2021) denomina “operación de generalización y efecto de reconocimiento de la imagen”, entendido como mecanismo ideológico que estructura la interpretación de los discursos sociales en redes. En los comentarios analizados, las agresiones no se dirigen tanto a una persona concreta como a la imagen generalizada que

se proyecta sobre ella: *la zurda, la gorda, la inmigrante, la kuka, la feminista*. Dicha operación consiste en asociar fragmentos mínimos -una palabra, un gesto, una forma de hablar o de vestir- con figuras sociales ya cargadas de sentido, de modo tal que el sujeto que odia “reconoce” en el otrx una imagen previa y la actualiza. Este proceso, como explican lxs autorxs, permite construir generalizaciones a partir de elementos que el sujeto no conoce a priori, pero sobre los que deposita prejuicios y estigmas.

En este sentido, Ahmed (2015) sostiene que:

El odio puede responder a lo particular, pero tiende a hacerlo alineando lo particular con lo general: "Te odio porque eres esto o lo otro", donde "esto" o lo "otro" evocan a un grupo al que el individuo representa o sustituye. (p.87)

En ese gesto, el cuerpo odiado se vuelve portador de un significado colectivo –de raza, clase o género– que excede a la persona. El odio, entonces, adhiere a esas imágenes socialmente disponibles y las reactiva, operando como una economía afectiva que organiza la pertenencia y la exclusión. Así, la agresión dirigida a una estudiante puntual se transforma en una práctica de clasificación más amplia, donde lo diferente es percibido como peligroso, impropio o fuera de lugar.

Aun en su dispersión aparente, los comentarios pueden organizarse en tres grandes núcleos discursivos que operan de manera complementaria y que, en conjunto, configuran una estrategia de aniquilación de la diferencia y de disciplinamiento simbólico.

Comentarios como *“saquen a esos zurdos de mierda”, “basta de kukas”* o *“ser peronista es una enfermedad mental”*, ubicados en la parte superior de la imagen, condensan la primera capa: los discursos de odio político. En ellos, el lenguaje político no opera como herramienta de discusión o diferencia ideológica, sino como mecanismo de deslegitimación que niega al otrx la posibilidad misma de hablar y participar del espacio público. Como plantea Mouffe (1999), el antagonismo propio de lo político se transforma aquí en enemistad, borrando la frontera entre la disputa de ideas y la negación del adversario. El “zurdo” o la “kuka”, figuras recurrentes en el corpus, no son presentadxs como interlocutores, sino como símbolos de un exceso político asociado a la militancia, lo popular o lo colectivo. En esa clave, estos discursos retoman y profundizan lo observado en el capítulo anterior: la deslegitimación de la militancia como práctica legítima dentro de la universidad. El odio político se proyecta sobre quienes sostienen la política como herramienta de transformación, convirtiéndolxs en depositarixs de la frustración o el desprecio social. En términos de Feierstein (2019), este núcleo evidencia cómo el odio puede ser instrumentalizado políticamente, organizando una comunidad de sentido cohesionada por la exclusión: *“mientras él habla respetuosamente, la kukaracha de abajo toma mate”*. Esa capilaridad fascista se expresa en la difusión cotidiana de afectos y

representaciones que naturalizan la hostilidad hacia la diferencia, legitimando la idea de que la política –y, en especial, la militancia– constituye una amenaza para el orden institucional.

Un segundo grupo de comentarios, ubicados en la parte inferior del collage, apunta a lo racial y la presunta procedencia de algunas estudiantes, reponiendo un viejo mito nacional según el cual *“los inmigrantes vienen a aprovecharse de lo que es nuestro”*. En este sentido, resulta pertinente recuperar los aportes de Aníbal Quijano (2000) y la perspectiva decolonial, que señalan cómo la colonialidad del poder persiste en la jerarquización racial y epistémica que organiza nuestras sociedades: la blanquitud ocupa el lugar de la razón y la autoridad, mientras lo mestizo, lo marrón o lo popular son colocados en el registro de lo emocional, lo inferior, lo subalterno.¹⁴ El comentario *“Mientras él dice la verdad, las 3 “alumnas” con rasgos peruano o bolivianas se ríen burlonas, claro si ni siquiera son Argentinas parece, sólo vienen acá a usarnos”* resulta especialmente elocuente. Allí se condensa un orden de género, raza y conocimiento: el varón blanco enuncia “la verdad”, mientras las mujeres son desautorizadas, convertidas en sospechosas de no pertenecer, incluso de no ser argentinas. Lo que se castiga no es el gesto de reírse, sino la posibilidad misma de su expresión, el atrevimiento de reír mientras habla quien representa el saber legítimo.

Efectivamente, expresiones como *“las tres paraguayas de abajo”*, *“me mata la cara de la boli”*, *“llámame a la migra”* o *“vayan a bañarse sucios”* condensan un racismo profundamente arraigado en la cultura argentina, donde lo popular, lo migrante o lo marrón se asocia con lo inferior, lo sucio o lo amenazante. Más allá de la falsedad de esas atribuciones, lo que importa aquí es el modo en que el odio organiza la mirada sobre el cuerpo del otrx, fijando marcas de diferencia que se traducen en exclusión. Estas operaciones, como advierte Feierstein (2019), son parte de la capilaridad fascista, que naturaliza jerarquías raciales y de clase al definir quién merece el derecho a ocupar el espacio público, en este caso, la Facultad pública, y quién debe ser desplazadx. Así, los discursos de odio no solo expresan prejuicios individuales, sino que reproducen un orden social de pertenencias y exclusiones. Del cuerpo racializado al cuerpo feminizado, el odio opera del mismo modo: castigando la diferencia y restaurando jerarquías sociales.

Otros comentarios apuntan al modo en que lxs estudiantes hablan, se visten o se comportan: *“el flequillo te deshabilita para opinar”*, *“dijiste MUCHES, chau descerebrada”*, *“la kukaracha de abajo toma mate y la otra se limpia los mocos con la mano”*, *“bien*

¹⁴ Para mayor precisión, es dable mencionar que “el ámbito discursivo/simbólico que establece una división entre poblaciones blancas y no blancas es un ámbito constitutivo de la acumulación de capital a escala mundial desde el siglo XVI. Es decir que no se trata de un ámbito “superestructural” derivado de las estructuras económicas, sino que forma con éstas una “heterarquía”, es decir, la articulación enredada (en red) de múltiples regímenes de poder ...” (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007, p.14)

maleducada la que tose y tiene el mate". Aquí el odio actúa como dispositivo de corrección moral. Se castigan gestos mínimos: un peinado, un mate, una palabra inclusiva. Lo que se busca es normalizar al estudiantado, reinstaurar un supuesto canon de respetabilidad que asocia el saber con la medida, la higiene, la blancura, la moderación y el silencio: "el estudiante de bien". En este punto, puede pensarse con Giorgi (2023) que el odio actúa también como un afecto privatizador, una energía disciplinadora que busca reordenar el espacio público. Bajo la consigna de la libertad, estas escrituras reclaman su derecho a circular, pero lo hacen para exigir que ciertos cuerpos desaparezcan o sean devueltos a sus lugares "propios". El odio funciona así como una fantasía de limpieza y de restauración del orden, allí donde las luchas democráticas sacan a los cuerpos de los lugares que tenían asignados. En palabras del autor: "ahí el odio se vuelve una especie de afecto regulador del espacio público" (p.8).

Sin que pueda afirmarse un nexo causal determinante, es necesario problematizar estas escrituras en razón de los procesos sociales, culturales y políticos de los últimos años, que tuvieron al movimiento feminista y al colectivo LGBTIQ+ como protagonistas. Las calles, las aulas y las redes se poblaron de cuerpos, lenguajes y modos de estar y vivir que ampliaron los márgenes de lo visible, interpelando jerarquías de género, clase y moralidad estructuradas como naturales. En este contexto, ese odio busca restaurar esos órdenes en disputa. Siguiendo a Rita Segato (2018), estas violencias tienen un carácter pedagógico: enseñan a los cuerpos qué pueden y qué no pueden hacer en el espacio público. La mujer, la militante, la gorda, la que ríe fuerte o usa lenguaje inclusivo aparece como exceso, como anomalía que debe ser disciplinada.

En este punto, el odio como tecnología de gobierno de las conductas (Foucault, 2007) opera como una forma de regulación social que orienta comportamientos y define los límites de lo decible y de lo visible. Así, el odio no necesita imponer silencios por coerción; basta con producir el miedo a la exposición, el temor a ser objeto de discursos de odio, para que la norma se asuma como natural. De este modo, la capilaridad fascista encuentra en el odio una herramienta afectiva para sostener el orden: no sólo excluye a quien piensa distinto, sino que moldea cómo debe ser quien pertenece.

En conjunto, estos comentarios trazan la cartografía de una "facultad ideal": blanca, ordenada, meritocrática, apolítica y masculina. Lo que se expresa no es solo el rechazo a ciertos comportamientos, sino una nostalgia autoritaria por una universidad sin militancia, sin disidencias, sin cuerpos diversos. Como señala Giorgi (2023), "el odio funciona en el salto a la ultraderecha como el afecto que busca trazar una nueva distancia ante los cuerpos que se anunciaron como nuevos participantes de la igualdad democrática" (p.4) Esa es la eficacia de los discursos de odio: transformar la diferencia en amenaza y, por tanto, en separación, y el malestar social en enemistad.

Desde una mirada más amplia, estas expresiones muestran cómo la capilaridad fascista opera en lo cotidiano. El odio no se impone verticalmente, sino que circula entre pares, sedimentando un sentido común que legitima la exclusión y normaliza la violencia simbólica. Como advierte Feierstein (2019), su potencia radica precisamente en esa capacidad de infiltrarse en los vínculos sociales, de volverse una trama afectiva que ordena lo decible y lo pensable. En el entramado digital de la Facultad, esa capilaridad adopta la forma de comentarios digitales que aquí reconocemos como discursos de odio. Así, lo que aquí se observa constituye una de las múltiples dimensiones desde las cuales dicha capilaridad se despliega, configurando un paisaje de tensiones donde se disputan los límites de la comunidad universitaria.

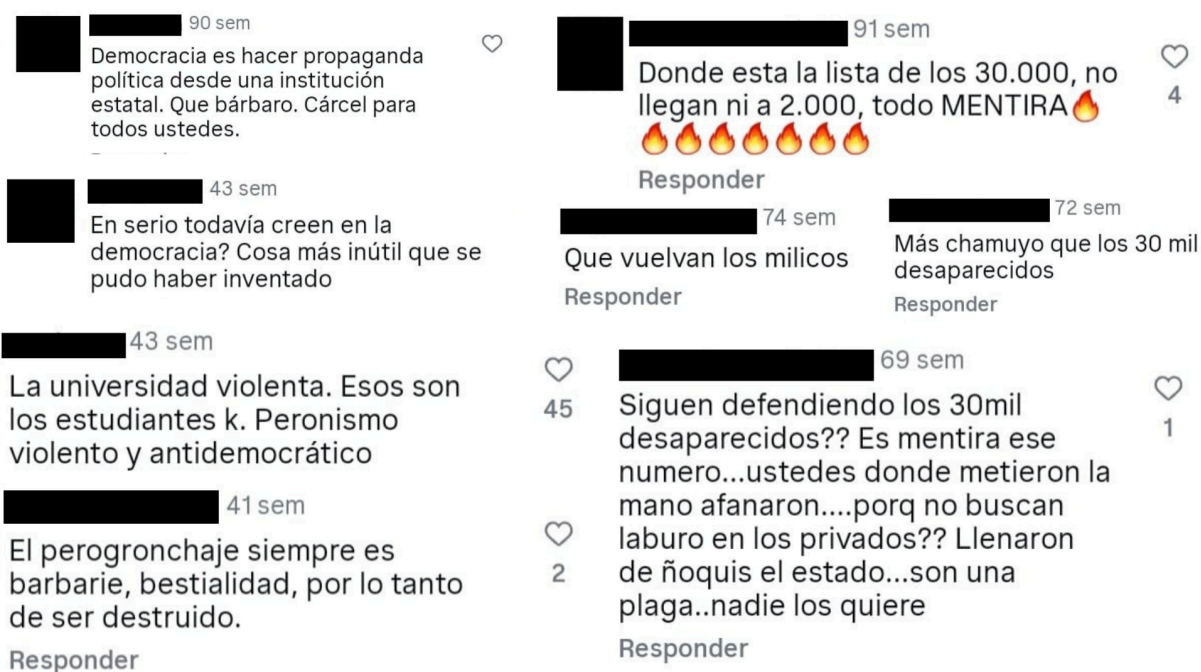
En este marco, los discursos de odio reactivan los fantasmas de una universidad elitista, selectiva, ajena a lo popular y a lo político. Sin embargo, su circulación no implica clausura, sino disputa: cada comentario, cada respuesta, cada silencio forma parte de una lucha por el sentido de lo universitario y de lo democrático. En esa trama de afectos, exclusiones y resistencias se juega, también, el horizonte ético-político desde el cual el Trabajo Social puede intervenir.

Odio a la memoria: la disputa por los sentidos del pasado

Germain finaliza el texto titulado “*Nuevas derechas*” y *Derechos Humanos. Incitaciones para la reflexión*. ¿*El pasado está llegando?* con el siguiente pasaje:

En “Antes de que sea (otra vez) demasiado tarde” –prólogo a la edición en español del libro “Facha” de Jason Stanley (2018)– Isaac Rosa, el escritor español, actualiza una vivencia, un fantasma: que las ideas, las propuestas, las políticas que las peores derechas del siglo XX llevaron adelante, y creímos durante algún tiempo neutralizadas, se manifiestan hoy sin pudor y pueden adueñarse del futuro. No poca inquietud suscita este fantasma. (2022, p.9)

El fragmento introduce una imagen persistente en el presente: la del retorno de un fantasma. Aquello que parecía clausurado –el desprecio por la diferencia, la violencia autoritaria, el negacionismo de los crímenes de Estado– reaparece en nuevas superficies discursivas. En el entorno digital de la Facultad, algunos comentarios representan esa persistencia:



En un espacio institucional como la Fcpolit, históricamente comprometido con la defensa de los Derechos Humanos, estas expresiones no configuran una tendencia dominante, pero asoman como indicios de un pensamiento que se cuela incluso en los márgenes de su entramado digital. En ellos se proyecta una forma de odio que ya no se dirige al cuerpo o la identidad del otrx, sino a una memoria colectiva: la que sostiene el consenso democrático construido en torno al *Nunca Más*. Efectivamente, “las políticas de la memoria del terrorismo de Estado y su relación con el movimiento de derechos humanos –fundamento del pacto democrático forjado a partir de 1983– es un target sistemático de las escrituras del odio” (Giorgi, 2023, p.9).

No todos los comentarios de este grupo pueden leerse como discursos de odio en sentido estricto. Sin embargo, varios de ellos proyectan afectos de odio: el negacionismo, la aspiración a un orden autoritario o los cuestionamientos al orden democrático. Frases como “*Dónde está la lista de los 30.000, no llegan ni a 2.000, todo mentira*”, “*más chamuyo que los 30.000 desaparecidos*”, “*que vuelvan los milicos*”, “*en serio todavía creen en la democracia? cosa más inútil que se pudo haber inventado*” condensan esa lógica. Más que negar el pasado, estos enunciados reactivan sus fantasmas, banalizando el terrorismo de Estado o relativizando su gravedad. Giorgi (2018) encuentra en esta conjugación un punto de inflexión:

... el que marca un momento límite de cierta idea de lo democrático y de su capacidad para resolver los conflictos generados por un ordenamiento neoliberal de

lo social. Esa idea de la democracia contra la que estos enunciados se conjugan es inseparable de lo que aquí aparece como enemigo común: los derechos humanos. Como si el movimiento y el signo mismo de los derechos humanos indicara un pacto democrático que estas escrituras quieren, sistemáticamente, deshacer. Es la conciencia democrática que surge como contrapartida al terrorismo de Estado lo que aquí se contesta. (p.59)

El odio se vuelve así un instrumento político que busca desfondar los acuerdos sociales conquistados tras el Nunca Más. En esa misma dirección, comentarios como *“la universidad violenta. Esos son los estudiantes K. Peronismo violento y antidemocrático”, “siguen defendiendo los 30 mil desaparecidos?? es mentira ese número... ustedes dónde metieron la mano, afanaron... por qué no buscan laburo en los privados?? llenaron de ñoquis el Estado, son una plaga, nadie los quiere”* o *“el perongronchaje siempre es barbarie, bestialidad, por lo tanto debe ser destruido”* condensan discursos de odio estructurados por la racionalidad neoliberal y los sedimentos discursivos de la dictadura. Sabemos que ambos procesos se entrelazan históricamente en la Argentina (y en Latinoamérica): fue durante la última dictadura cívico-militar cuando se inauguró el plan económico, político y cultural del neoliberalismo, basado en la desarticulación de lo colectivo y la mercantilización de la vida.

En los enunciados plasmados, la defensa de los Derechos Humanos y la militancia universitaria son figuras del exceso: irracionales, improductivas, parásitas del Estado. El léxico de la “barbarie”, del “antidemocrático” y de la “plaga” (como vimos en el capítulo 2) reactualiza viejos dispositivos de deshumanización que sirvieron para justificar la represión estatal durante la última dictadura cívico militar, ahora rearticulados bajo la gramática moral del neoliberalismo y la capilaridad del fascismo. Ciertamente, “el odio superpone pasados, sedimentos históricos, y los moviliza contra el presente” (Giorgi, 2023, p.9). En su superficie, se condena la corrupción o la ineficiencia; en su núcleo, se reinstala una jerarquía social y política que identifica la diferencia ideológica y la participación colectiva como amenazas al orden.

En este punto, esas escrituras de odio integran la capilaridad fascista contemporánea: una trama difusa de discursos, afectos y representaciones que desfonda los consensos democráticos construidos tras la dictadura, cercenando la memoria colectiva que los sostiene. Su estrategia es precisa: atacar los signos que condensan esa memoria –los Derechos Humanos, el *Nunca Más*, la militancia política–, erosionando su valor ético y político y transformándolos en objeto de sospecha y aversión. Como plantea Feierstein (2019), mientras la dictadura argentina se sostuvo sobre la parálisis del miedo, agregamos, producida deliberadamente por un plan sistemático de desaparición de personas, cuya eficacia residió en inscribir el terror en la vida cotidiana y en anular toda forma de acción

colectiva, el fascismo contemporáneo actúa por movilización: necesita adhesión, participación y hostilidad compartida. De este modo, el odio se vuelve instrumento de disputa simbólica: no destruye el pacto democrático por vía de la coerción, sino socavando su legitimidad desde adentro, a través de una circulación capilar de discursos que promueven el desprecio, la hostilidad y la degradación de los acuerdos democráticos.

Así, el odio funciona, como advierte Illouz (2024), *“como un gusano en la manzana”* (p.154): no destruye desde fuera, sino que corroee desde dentro, debilitando los cimientos democráticos mientras mantiene intacta su superficie formal. Lo que vuelve no es la dictadura, sino su sombra: una sensibilidad autoritaria que se inscribe en la capilaridad fascista contemporánea y que al amparo de la libertad en las redes y del cansancio social, vuelve decible (otra vez) lo que creíamos desterrado del espacio público. Desde allí, el desafío no es sólo reconocer el odio que circula en discursos, sino las formas de intervención que pueden disputar sus efectos.

Capítulo 4: Cargando @TrabajoSocial

El 10 de diciembre se conmemora en nuestro país el “Día de las y los Trabajadores Sociales”. Esta fecha coincide con el Día Universal de los Derechos Humanos, establecido aquel en recuerdo de la adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos en el año 1948. Por otro lado, en Argentina, esta fecha adquiere un significado particular, ya que, marca también el retorno a la Democracia, tras la dictadura cívico-militar más sangrienta de nuestra historia.

Hasta el año 2012, el Día de lxs Trabajadores Sociales se celebraba el 2 de julio, fecha de raíz religiosa vinculada al “Día de la Visitación de la Virgen María”. El cambio, que sustituyó esa conmemoración por una de carácter político y social, fue el resultado de un proceso de luchas, debates y disputas al interior de la profesión, impulsado por las organizaciones profesionales que promovieron una relectura crítica del ejercicio profesional. La propuesta de trasladar la fecha al 10 de diciembre ya había surgido al calor del Movimiento de Reconceptualización (Cazzaniga, 2010), tomando mayor potencia en un contexto de fuerte politización de la agenda profesional, en sintonía con los procesos latinoamericanos de ampliación de derechos y con la recuperación del Estado como garante de lo público. La aprobación definitiva, en 2012, por parte de la Federación Argentina de Asociaciones Profesionales de Servicio Social (FAAPSS), institucionalizó no sólo un cambio simbólico, sino también un desplazamiento paradigmático: el reconocimiento del Trabajo Social como una práctica históricamente imbricada con la defensa de los derechos humanos y con el sostenimiento de la vida democrática. Este proceso se consolida posteriormente con la sanción de la Ley Federal de Trabajo Social N° 27.072, que reconoce al Trabajo Social como una profesión cuyo ejercicio tiene como propósito los derechos humanos, la ciudadanía y las relaciones sociales.

A lo largo de este trabajo hemos hablado de política, de las transformaciones contemporáneas, de la disputa por los sentidos, de las formas de exclusión y de las lógicas de odio que atraviesan la vida social. En este contexto, ¿qué lugar ocupa el Trabajo Social? Su compromiso histórico con los derechos humanos y la democracia lo coloca en posición de intervenir en los procesos actuales, donde lo social se redefine permanentemente y los discursos de odio en red configuran nuevos modos de subjetivación, pertenencia y conflicto. Por ello, en lo que sigue, se propone reflexionar sobre el papel del Trabajo Social desde dos dimensiones complementarias: por un lado, su elemento constitutivamente político y su capacidad de adecuarse críticamente a los cambios históricos; y por otro, los desafíos que enfrenta en la era de las redes sociales, en la que los vínculos, los afectos y las exclusiones adquieren nuevas formas y exigencias.

Trabajo Social, política y democracia

Las dimensiones del Trabajo Social han sido unos de los aspectos más problematizados al interior del colectivo profesional. En el último tiempo, parece haberse alcanzado cierto consenso respecto de que toda intervención realizada desde la disciplina se despliega en tres dimensiones que, en la conceptualización de Travi (2006), pueden desagregarse en: una teórico-epistemológica, vinculada a los marcos conceptuales que orientan la comprensión de la realidad social; una técnico-instrumental, asociada a los métodos y estrategias de intervención; y una ético-política, que condensa los valores, principios y posicionamientos desde los cuales el Trabajo Social actúa. En este apartado nos abocamos a esta última –la dimensión ético-política–, ya que permite reconocer el carácter histórico y eminentemente político del Trabajo Social como profesión.

El Trabajo Social, al igual que toda disciplina del campo de lo social, es un espacio en constante transformación. No se trata de un cuerpo cerrado de saberes o técnicas, sino de una profesión que se crea y se recrea a la luz de los procesos sociales, económicos, políticos y culturales que atraviesan a la sociedad. Cada etapa histórica imprime su marca sobre la profesión, configurando modos particulares de comprender lo social, de intervenir y de definir su proyecto ético-político. En ese devenir, el Trabajo Social ha sabido leer las transformaciones del tiempo y reorientar sus fundamentos teóricos y metodológicos en diálogo con las luchas colectivas, las políticas estatales y los movimientos sociales que expresan las demandas de cada época. Tal como lo plantea Travi, “lo instrumental” se inscribe dentro de una perspectiva epistemológica y por lo tanto su construcción/utilización supone siempre una decisión no sólo teórica sino también político-ideológica” (p.16).

En ese sentido, el Trabajo Social no es neutral ni ajeno a la conflictividad del tiempo en que se inscribe: su intervención siempre comporta una definición acerca del orden social que se busca sostener o transformar, y por ello, la relevancia de la dimensión aquí tratada. En palabras de Cazzaniga:

Toda intervención en lo social (y esto no vale sólo para Trabajo Social) en tanto pretende algún tipo de transformación presenta su costado político ya que se realiza desde un imaginario de “cómo debe concebirse un orden social”, aún sin que esto sea explicitado, o directamente sea negado en los discursos. (2006, p. 5)

A pesar de que, en ciertos momentos históricos de la profesión, la palabra “política” haya sido opacada bajo otras concepciones, la dimensión ético-política del Trabajo Social es una condición inherente a su ejercicio profesional. Como fue trabajado por las autoras brasileñas, particularmente, Iamamoto (2003), el Trabajo Social se inserta en la trama

contradictoria de la sociedad capitalista, por lo que su práctica implica necesariamente una toma de posición frente a los proyectos sociales en disputa, toma de la que “no es posible abstenerse ni huir, porque constituyen la vida en sociedad” (p.42) La autora sostiene que la profesión se orienta a contribuir al proceso de emancipación humana, lo que demanda en primer lugar, correrse de la visión mesiánica y comprender la intervención como una acción crítica, situada y colectivamente construida. En esta misma línea, Rosas Pagaza (2001) sostiene que la intervención profesional no puede reducirse a un conjunto de acciones instrumentales orientadas a responder demandas inmediatas. Por el contrario, estas acciones poseen un significado social y una direccionalidad teórica y política que las inscribe en el entramado de las relaciones sociales. En oposición a una racionalidad instrumental de lo social, se afirma la ineludible vinculación de la Intervención “respecto de las dimensiones económicas, políticas, sociales e ideológicas, es decir, como fenómeno histórico y social” (p.25).

Este horizonte encuentra sustento en el marco jurídico de la Ley Federal de Trabajo Social N° 27.072 (2014), que reconoce explícitamente la dimensión ética y política de la profesión. La norma establece que su ejercicio, socialmente relevante, ha contribuido a la “vigencia, defensa y reivindicación de los derechos humanos, la construcción de ciudadanía y la democratización de las relaciones sociales” (art.3). Con ello, y la jerarquización consagrada con la ley, se institucionaliza una comprensión del Trabajo Social como profesión orientada a la transformación social, en consonancia con los valores de la democracia. La ley cristaliza décadas de debates y luchas colectivas, traduciendo en términos normativos una concepción de la profesión anclada en el compromiso con lo público y con la ampliación de derechos. Como señala Cazzaniga, en referencia a un trabajo de Pereyra (2005), uno de los acuerdos logrados en el último tiempo, principalmente a raíz de la formalización de un Trabajo Social latinoamericano es que:

La libertad, los derechos humanos y el respeto por la autodeterminación son valores fundamentales y rectores del ejercicio profesional. La defensa de la democracia y de la ciudadanía se fortalecen a partir de la justicia social, la igualdad, la solidaridad, la participación y el respeto a la dignidad, al pluralismo de ideas y a la diversidad cultural. (Cazzaniga, 2006, p.8)

Desde esta perspectiva, el Trabajo Social se configura como una profesión ético-política y transformadora, que se construye en diálogo permanente con los procesos históricos, los movimientos sociales, las políticas públicas, el desarrollo de estrategias de intervención, la producción de conocimiento. Su fuerza radica en esa tensión teórico-práctica, comprendiendo que transformar la realidad también implica comprenderla críticamente. Su horizonte no es otro que el de los derechos humanos y la democracia,

entendidos como conquistas colectivas en permanente disputa. Aquí, como advierte lamamoto (2003), se produce el encuentro entre la ética, la política y la profesión, lo que nos invita a “repensar la política y también la práctica profesional como prácticas que tienen por horizonte la construcción de sujetos políticos colectivos” (p. 260).

Sin ánimos de resultar heroícx y reconociendo las limitaciones de la realidad material, ciertamente, el Trabajo Social contribuye a recomponer los lazos de solidaridad que el avance del neoliberalismo quebró, promoviendo experiencias colectivas allí donde la lógica de la competencia y la fragmentación individual pretende desarticular la vida común. Carballeda (2002) invita a pensar en lo solidario como estrategia de intervención, señalando que la solidaridad en los espacios microsociales no sólo resiste la fragmentación, sino que permite reconocer las formas en que se configuran los lazos y las redes comunitarias.

Sin embargo, como venimos viendo, en la actualidad asistimos a una transformación inquietante y emergente: mientras el neoliberalismo fragmenta, el fascismo contemporáneo une a los pares desde el odio. Las individualidades se movilizan cohesionadas por la hostilidad hacia un otrx construido como amenaza. Este nuevo modo de integración, sostenido por afectos negativos como el odio e instrumentalizado políticamente, produce una forma de colectividad que no amplía la democracia, sino que la erosiona, en tanto y en cuanto intenta socavar la participación política, anular las diferencias y rechazar las políticas de Derechos Humanos.

En el presente, los discursos de odio y las formas digitales de interacción reconfiguran el espacio público, produciendo nuevos modos de subjetivación y de pertenencia colectiva. Los discursos que recabamos del entorno digital de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales no pueden pensarse como exabruptos ni comentarios aislados, sino como expresiones de un orden social que canaliza el malestar y lo dirige hacia un otrx.

Al respecto, ¿qué puede hacer el Trabajo Social frente a estas nuevas formas de odio que se propagan en red, erosionando los lazos de lo común? ¿Cómo damos, desde la profesión, la disputa democrática? La apuesta es a leer esos conflictos sin negar su politicidad, comprendiendo cómo se producen, qué emociones condensan y qué efectos generan sobre el lazo social. En el próximo apartado, abordaremos cómo estas dinámicas que adquieren forma en el entramado digital plantean desafíos para el Trabajo Social en el ejercicio profesional.

Trabajo Social en la era digital

La vida institucional de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales excede sus espacios físicos y administrativos: se expande en el entramado digital donde se representan, amplifican y reconfiguran, sin igualarlas, las dinámicas que la constituyen. Las redes sociales, en particular, se han convertido en una extensión del campo institucional, un territorio donde circulan sentidos sobre la política, la militancia y la universidad pública. En ese espacio, los discursos de odio no emergen dispersos, sino como condensaciones de un orden social más amplio que encuentra en la digitalidad nuevas condiciones de visibilidad y de reproducción.

En ese sentido, como sostuvimos en el apartado metodológico, el análisis de los comentarios relevados no busca aislar intervenciones reaccionarias ni describir escenas particulares, sino identificar las regularidades que configuran el sentido político del entramado digital. Como plantea Laclau, “todo bloque histórico o formación hegemónica se construye a través de la regularidad en la dispersión, y esta dispersión incluye una proliferación de elementos muy diversos” (1990, p.56). En esa clave, los comentarios constituyen aspectos de una misma lógica que se manifiesta bajo distintos registros: la antipolítica que busca expulsar la militancia del espacio universitario, la deshumanización que, a través de discursos de odio, convierte a lxs estudiantes en plaga o parásito, y el odio que opera como emoción ordenadora de la comunidad. Los significantes que allí circulan –“ñoqui”, “parásito”, “rata”, “kuka”– violentan y, a la par, condensan un modo de clasificar y de distribuir legitimidades en el campo institucional. En ese sentido, los discursos de odio no se comprenden como manifestaciones reaccionarias, sino como formas de expresión que traducen, en el plano simbólico, las coordenadas morales y políticas de un orden social neoliberal que se hace audible en la escena digital universitaria (Laval y Dardot, 2013; Brown, 2020). Dichos discursos, al tiempo que expresan ese orden, contribuyen a reforzarlo, instalando una gramática social que inscribe diferencias, fija fronteras y habilita exclusiones.

Efectivamente, en la digitalidad de la Facultad, esos significantes adquieren una eficacia particular: organizan el campo de lo decible e instauran un régimen de visibilidad que define qué prácticas son legítimas y cuáles son expulsadas del espacio común. Lejos de ser un efecto colateral de las plataformas, esta dinámica constituye una forma contemporánea de gobierno de las conductas (Foucault, 2007), bajo la racionalidad neoliberal. Desde esta perspectiva, el problema no se reduce al enunciado odiante en sí, sino a los sentidos que circulan y se naturalizan con ello y a las subjetividades que produce. Aquí, surge necesariamente una pregunta para el Trabajo Social.

Siguiendo a Karsz (2007), el Trabajo Social no actúa sobre realidades dadas ni sobre objetos naturales, sino sobre problemas social e históricamente contruidos, atravesados y reestructurados según una dominante ideológica. Efectivamente, los discursos, afectos, comportamientos y modos de vida son ideológicamente significativos en la medida en que no son ni pueden ser neutrales, porque siempre quieren algo, buscan algo, al mismo tiempo se oponen a otros objetivos. A través de ellos se afirma un cierto modo de vivir-juntos y se reproducen las orientaciones dominantes de una época. En este punto, interesa subrayar que esos sentidos no se imponen sin resistencia. Desde los activismos *on line* que hacen visibles y articulan luchas colectivas –como las campañas por el aborto legal, los movimientos feministas y ambientales, o las agrupaciones estudiantiles que se organizan en redes– hasta las múltiples respuestas sociales que irrumpen frente a la violencia, la desigualdad o la injusticia, todos ellos intervienen en las relaciones de fuerza que configuran el campo de lo político.

En el espacio universitario, y particularmente en la Facultad, lo que está en disputa es el propio modelo de universidad: los discursos de odio pujantes reactualizan imaginarios que buscan reinstalar una universidad elitista, meritocrática, blanca y despolitizada, en contraposición con los sentidos históricos que la conciben como espacio público, plural y democrático. Esta disputa adquiere un espesor particular en la coyuntura argentina actual, atravesada por políticas de desfinanciamiento y por discursos gubernamentales que cuestionan el valor social de la educación pública. No porque estos sentidos regresivos y excluyentes sean nuevos, sino porque encuentran en este escenario condiciones propicias para circular con mayor legitimidad y resonancia. Es en esa tensión donde se configuran las luchas actuales por el significado mismo de lo universitario, y donde el Trabajo Social se ve convocado a participar.

En el caso de la Facultad, los discursos de odio analizados traen consigo esas orientaciones neoliberales al convertir el rendimiento, la eficiencia y la productividad en formas de vivir, mientras deslegitiman la participación política, lo colectivo y lo solidario como modos impropios de habitar la institución. Los sentidos que sostienen la antipolítica, la estigmatización de la militancia y la deshumanización de lxs otrxs no surgen de modo espontáneo: constituyen versiones de orientaciones ideológicas más amplias que los individuos ponen en acto al participar del espacio digital (Karsz, 2007).

Si, como sostienen De Gainza e Ipar (2016), y que podemos extender al odio, al resentimiento y a la hostilidad, “esa violencia que aparece al final del proceso, en realidad ya estaba allí desde el comienzo”, entonces los discursos de odio que emergen en la digitalidad universitaria no hacen sino visibilizar una estructura de sentido previa, forjada en esa racionalidad neoliberal que ordena el mundo. Desde esa posición, la profesión no puede ser neutral ante los sentidos que promueven la fragmentación y la exclusión; su

compromiso histórico con los derechos humanos y la democracia le impone disputar los sentidos que naturalizan el odio y recomponer los lazos solidarios como condición de lo común. Porque estos discursos debilitan y socavan los tejidos de lo común, y por ende, representan un peligro para nuestras democracias (Delor et al., 2022). El Trabajo Social encuentra su horizonte de acción en su dimensión ético-política: intervenir significa, como propone Karsz, “tomar partido [...] respecto de ciertas maneras de obrar, vivir, disfrutar, sufrir, gozar, contra otras maneras, otros estilos” (p. 46).

Iamamoto comienza su libro *El Servicio Social en la contemporaneidad* (2003) con la frase “*Este é tempo de divisas, tempo de gente cortada*”¹⁵, atribuida al poeta Carlos Drummond de Andrade. La expresión sintetiza, como señala la autora, un tiempo de crisis que podríamos situar en el contexto neoliberal y, en sus palabras, de “globalización mundial bajo la hegemonía del gran capital financiero” (p. 30). Ese proceso impone ciertas políticas económicas en desmedro de enormes colectivos sociales y produce también efectos subjetivos y culturales profundos: fragmenta el lazo social, instala la competencia como principio de relación y promueve la individualización como horizonte de vida. En términos foucaultianos, la racionalidad neoliberal regula las conductas sociales mediante la internalización de la lógica del rendimiento, y lo hace también a través de emociones funcionales a su reproducción, entre ellas, el odio.

Ahora bien, a lo largo de esta tesis advertimos que, en estos tiempos, ese odio, cuando se instrumentaliza políticamente, deja de ser una emoción aislada para convertirse en una fuerza organizadora. El odio puede cohesionar, ordenar y movilizar a amplios sectores sociales en torno a la exclusión de un otro; y, en determinadas condiciones, puede devenir en prácticas sociales fascistas. En este sentido, las reflexiones de Feierstein (2019) resultan fecundas: la eficacia del fascismo contemporáneo no se asienta en la coerción estatal directa, sino en su capacidad de desplegarse a partir de una capilaridad social que naturaliza la violencia y la crueldad, que legitima jerarquías, que banaliza el dolor ajeno y que reinstala la idea de que algunas vidas valen más que otras.

En la Facultad, esa capilaridad se expresa en la circulación de discursos de odio que reactivan sentidos excluyentes —como el del militante parásito—, producen jerarquías morales —el varón blanco que estudia frente a la militante inmigrante que roba— e instauran la hostilidad como forma aceptable de vínculo. Se trata de un riesgo concreto para la vida democrática universitaria, en tanto esos sentidos proyectan un modelo de universidad contrario a sus banderas fundacionales, redefinen quiénes son los sujetos legítimos de la comunidad académica y sientan las bases para la configuración de prácticas sociales fascistas que, cabe advertir, ya comenzaron a ejecutarse.

¹⁵ “Este es un tiempo de divisiones, tiempo de gente cortada”. Traducción propia.

Estas expresiones, a las que hoy se asiste en el ámbito universitario argentino, deben ser atendidas y escuchadas para comprender mejor el futuro próximo y disputar sentidos que contribuyan a construir universidades más inclusivas y democráticas (Stefanoni, 2021). Ante este escenario, identificamos un doble desafío para el Trabajo Social. En primer lugar, asumir los espacios digitales como campos de expresión, visibilización e identificación de problemáticas sociales. Y, en segundo lugar, repensar las estrategias de intervención sobre los lazos sociales en este contexto.

En este trabajo dimos cuenta de ciertas posiciones, relaciones y exclusiones identificadas en la red social Instagram del entorno digital de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. No necesariamente estas expresiones devienen en palabra *cara a cara*, pero sedimentan sentidos en torno a la Facultad, a los efectos que ya esbozamos. En un mundo globalizado, atravesado por infinitas posibilidades tecnológicas, es imperioso que el Trabajo Social amplíe su mirada hacia estos nuevos campos de investigación y, por qué no, de intervención.

A partir de la pandemia del COVID-19, el Trabajo Social se vio interpelado por un escenario inédito que conllevaba, en lo que aquí respecta, la virtualización de los vínculos, la profundización de la digitalización de trámites y el aislamiento como medida para salvaguardar la vida. Estos procesos, hoy acentuados por la expansión de la inteligencia artificial y la creciente delegación de decisiones en algoritmos, transformaron profundamente las formas de acompañar, gestionar y sostener intervenciones. Las políticas sociales mismas, como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), se articularon en torno a la digitalidad (Arcidiácono y Perelmiter, 2022), evidenciando la necesidad de incorporar estas dimensiones al análisis y la práctica profesional. En ese contexto, el Trabajo Social tuvo que apropiarse de los recursos tecnológicos no solo como medios instrumentales, sino como nuevos entornos de relación, de escucha y de producción de conocimiento.

La digitalidad es hoy parte constitutiva de la vida cotidiana. Las redes sociales, en tanto espacios de socialización e interrelación, constituyen un lugar privilegiado para observar y comprender los modos en que circulan los sentidos, se expresan las opresiones y se proyectan las relaciones de fuerza¹⁶. En esta línea, compartimos lo planteado por Fernández Riquelme (2019):

¹⁶ Una dimensión no problematizada en este trabajo pero de absoluto interés es el empleo de las redes sociales en la configuración de emociones y percepciones políticas y sociales. Diversos estudios han mostrado cómo empresas de análisis de datos y consultoras políticas, como *Cambridge Analytica*, emplearon algoritmos y estrategias de microsegmentación en redes sociales para orientar mensajes específicos a votantes indecisos, influyendo en procesos electorales como el referéndum por el *Brexit* y la elección presidencial de Donald Trump en 2016. Como señala Germain (2023), a partir de las declaraciones de miembros de la compañía en el Parlamento británico, puede inferirse una intervención similar en la campaña electoral argentina de 2015.

Las redes sociales, en tanto espacios de socialización e interrelación, constituyen una fuente de información primordial para la investigación tanto a nivel micro (para qué y cómo las usan las personas) como a nivel macrosocial (cómo se relacionan y qué comunican colectivamente), y una herramienta destacada para la intervención con individuos, familias y comunidades, en sus implicaciones psicológicas, formativas y culturales. (p. 63)

En ese marco, este trabajo adquiere particular pertinencia al situar la mirada en la digitalidad universitaria como espacio donde se expresan, reproducen y disputan sentidos sociales más amplios. Identificar esas tramas simbólicas es condición necesaria para pensar, en un segundo plano, las estrategias de intervención del Trabajo Social sobre los lazos sociales en contextos signados por la fragmentación y el odio fascista.

Repensar las estrategias de intervención es una tarea necesaria. Ello implica, en primer lugar, interrogar qué hacemos, desde el Trabajo Social, con los discursos de odio: cómo los leemos, cómo los problematizamos y qué lugar les damos en la vida institucional. Porque estos discursos no son ajenos a nuestras prácticas: atraviesan los pasillos, las aulas y las redes de la Facultad, incidiendo en los modos de pensar la política, la militancia y la propia Fcpolit. ¿Qué herramientas, potencialidades, interpretaciones, historias tiene el Trabajo Social para contribuir a la problematización de estas situaciones? ¿Qué posibilidades de intervención se abren cuando lo que está en juego son las formas en que se construyen los sentidos y se consolidan los vínculos?

En un contexto signado por la racionalidad neoliberal, una de las claves parece residir en promover formas de subjetivación que resistan la lógica de la competencia y del rendimiento permanente. Como plantea Campana et al. (2021), citada por Servio (2023), se trata de habilitar otras maneras de vincularse que desplacen la centralidad del “yo productivo” hacia lo común. Resistir en la universidad implica:

... practicar, multiplicar y promover la negativa a conducirse para con uno mismo como empresa de sí y, al mismo tiempo, la negativa a conducirse para con los otros de acuerdo con la norma de la competencia. Es preciso establecer, en cambio, relaciones de cooperación, de puesta en común y de compartir. (p.76)

Sin embargo, la dificultad no radica solo en recuperar esas prácticas, sino en hacerlo en un escenario donde ya existen formas de socialización activas a través de la instrumentalización del odio. Los discursos de odio, como vimos, no sólo fragmentan: también unen. Movilizan afectos, producen consenso y tejen lazos en torno al rechazo y la exclusión de un otro. Frente a esa capilaridad que encuentra en el odio una fuerza de unión, el Trabajo Social en todas sus dimensiones, enfrenta el desafío de pensar la reconstrucción

de un horizonte común sustentado en los derechos humanos, la democracia y la pluralidad. La pregunta que se abre es entonces ineludible: ¿qué hacemos frente a esos elementos fascistas que se infiltran en las instituciones, en las redes y en las conversaciones cotidianas? ¿Cómo intervenir cuando la integración social se cimenta sobre la base del odio y la crueldad?

En esta línea, Matus (2018) plantea que la primera tarea para impulsar transformaciones consiste en que el Trabajo Social reconozca su carácter de trabajo reflexivo y crítico, y se constituya en una práctica creadora antes que en una mera necesidad productiva. Esa idea invita a pensar el Trabajo Social como una profesión que puede generar condiciones para el encuentro, que habilita la palabra donde se instala el silencio, que repolitiza los vínculos donde el odio intenta clausurarlos, y que tiene poder para incidir en los procesos de cambio y de contribuir a la construcción de nuevas formas de organización social.

Pensar estrategias en esta dirección requiere asumir la política como eje transversal de la práctica profesional. La intervención del Trabajo Social, en cualquiera de sus dimensiones, no puede escindirse del campo de lo público ni de los conflictos que lo atraviesan. En un escenario donde el neoliberalismo disuelve los lazos sociales y el fascismo los instrumentaliza, el desafío radica en crear condiciones para el encuentro y en reconstruir los marcos colectivos de sentido que sostienen la vida democrática. Ello supone fortalecer los espacios de participación, promover el debate público y acompañar procesos de resistencia social, pero también repensar las instituciones educativas como territorios políticos en los que se disputan sentidos sobre lo común.

En la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, esto implica reconocer que las redes, los discursos y las interacciones cotidianas forman parte de esa trama. Promover instancias de formación, investigación y diálogo que aborden los discursos de odio desde una perspectiva crítica es, entonces, parte del ejercicio ético y político del Trabajo Social. Porque en esa disputa por el sentido –en el aula, en la digitalidad, en los espacios colectivos– se define también qué tipo de comunidad académica queremos construir. En última instancia, la tarea del Trabajo Social es contribuir a sostener los lazos que el neoliberalismo deshace y el fascismo captura, reafirmando su poder como profesión comprometida con la defensa del pluralismo, los derechos humanos y la democracia.

Reflexiones Finales

Quienes tuvimos la dicha y el honor de habitar algunos años la prestigiosa Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario sabemos el camino casi de memoria. Riobamba y Berutti. Berutti y Riobamba. Esa partecita de barrio La Sexta a la que llegan día a día cantidad de estudiantes, trabajadores, familias. Allí nos encontramos con otrxs pares que bajan de colectivos, que llegan a pie o en bici, y comienzan los abrazos y las charlas. Se camina juntos por los andenes de la Siberia, hasta llegar a la penúltima y recóndita Fcpolit. Algunxs más atentxs advertimos las señales. Del lado izquierdo, hay murales de compañeros y compañeras desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar de nuestro país. A la derecha, resplandeciente e icónica, está la escalera “Diana Sacayán”, símbolo de la lucha del colectivo de las diversidades y disidencias. Al centro, alto y hasta ahora en color violeta, se halla el cartel de bienvenida a la Facultad. En conmemoración al centenario de la Reforma Universitaria, hay puesta una frase de Deodoro Roca: “En las Universidades está el secreto de las grandes transformaciones. Ir a nuestras Universidades a vivir, no a pasar por ellas.” Pero si acaso hay algunos distraídos en el camino, basta estar sentado en un banco del aula 303 para que ante un primer año de la Licenciatura en Trabajo Social, una admirable docente dijera: “están en la Facultad de Ciencia Política, acá van a hablar de política.” Memorable como el camino a Riobamba y Berutti, este trabajo final habla de política. De política y Trabajo Social. De política y algo más.

El recorrido de esta investigación, centrada en el análisis de discursos de odio en el entramado digital de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, permitió identificar un conjunto de procesos que exceden la superficie de los comentarios analizados y que, en su repetición y articulación, configuran una trama más amplia, densa y compleja. Los hallazgos muestran cómo esos discursos intervienen en la producción de sentidos sobre la universidad, la militancia y la política desde las redes sociales, un espacio de absoluta preponderancia donde se juegan relaciones de fuerza. Efectivamente, los discursos odiantes que circulan en ese espacio no son expresiones aisladas ni desbordes emocionales: condensan procesos de despolitización, lógicas de deslegitimación de la militancia y de desvalorización de lo público que, atravesadas por un odio instrumentalizado, van sedimentando una capilaridad en clave fascista.

A lo largo del trabajo se analizó cómo el discurso político de la antipolítica opera como un dispositivo que, al tiempo que condena la política, sus instituciones y sus actores, se posiciona en antagonismo frente a la política. El discurso antipolítica no niega la política desde fuera de ella: disputa su sentido desde adentro, acentuando el conflicto propio de lo

político, transformándola en sinónimo de corrupción, privilegio o ineficiencia. Esa operación produce, a su vez, un tipo particular de sujeto: el militante ilegítimo, figura que concentra las emociones de malestar y actúa como condensación de un rechazo más profundo hacia la participación política y la acción colectiva. En los comentarios analizados, esa figura se materializa en expresiones como “ñoquis”, “vagos” o “parásitos del Estado”, enunciados que, en miras al “estudiante de bien”, reafirman el valor del estudio medido en productividad económica y rendimiento como única forma legítima de “buen estudiante”. Este proceso está íntimamente vinculado a una racionalidad neoliberal, que redefine los criterios a partir de los cuales los sujetos son reconocidos y valorados socialmente.

Esta racionalidad atraviesa las formas contemporáneas del odio. Aunque aquí no se trata de un sentimiento individual, sino de una emoción políticamente instrumentalizada, que canaliza el malestar social y lo dirige hacia determinados sujetos, presentándolos como responsables del desbalance estructural, los causantes de que la *tablita* no cierre.

El odio funciona entonces como estrategia política. No busca convencer, sino movilizar afectos, producir alineamientos, organizar pertenencias y rechazos. Su eficacia radica en que simplifica la complejidad del conflicto social, ofreciendo una causa y un enemigo visible. En esa operación, el neoliberalismo encontró un aliado eficaz. Pero más aún, en los comentarios analizados, ese odio adquiere una direccionalidad precisa: busca aniquilar las diferencias y desacreditar las políticas de Derechos Humanos, pilares de la democracia argentina. Las expresiones que desprecian la militancia, niegan los crímenes de la dictadura o ridiculizan la lucha por la memoria y la igualdad no son deslices discursivos, sino componentes de una estrategia más amplia orientada a desactivar los consensos democráticos construidos tras el Nunca Más. El odio se moviliza, se cohesiona, se instrumentaliza políticamente para reinstalar jerarquías que parecían superadas —de clase, de género, raciales— y reinstaurar un orden que naturaliza la desigualdad como destino. En esa trama, lo que se va sedimentando es una capilaridad fascista: una red de discursos, emociones y representaciones que, bajo la retórica de la libertad o del sentido común, erosiona los principios de pluralidad, solidaridad y justicia que sostienen la vida democrática. Desde esta perspectiva, los discursos de odio son tecnologías de gobierno que reconfiguran los vínculos y las instituciones. Lo que aparece como simple “opinión” o “descargo personal” en las redes, produce efectos en la manera en que se perciben y valoran ciertos actores sociales. En esa tensión, la universidad se convierte en un campo de disputa.

Lejos de situarse en una posición de denuncia moral, este trabajo buscó construir un diagnóstico situado. Comprender cómo opera el odio en un espacio universitario permite reconocer qué condiciones materiales, simbólicas y afectivas hacen posible su reproducción. Ese conocimiento, a su vez, ofrece elementos para pensar estrategias de

acción que trasciendan la coyuntura, especialmente en un contexto nacional signado por la desfinanciación de la educación pública, la estigmatización de la política y la consolidación de discursos autoritarios. La universidad no es ajena a estos procesos: los habita, los refleja, los disputa. Las redes de la Facultad, al concentrar interacciones y representaciones, funcionan como un escenario privilegiado para observar esa disputa simbólica. En la construcción de los discursos analizados, la Facultad deseada es aquella que expulsa la diferencia, que elimina el debate y que restringe su función a la transmisión técnica del saber. El odio al militante universitario encarna, en ese sentido, una crítica más amplia a la Universidad Pública como lugar de transformación, de movilización social ascendente y como proyecto político de igualdad.

La Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, con su historia democrática y su tradición de pensamiento crítico, no puede ser ajena a estas disputas. Sin caer en un juicio de valor, cabe preguntarse cómo una institución comprometida con la formación de profesionales sensibles a lo social debe posicionarse frente a la circulación de discursos que deslegitiman su propia razón de ser. La libertad de expresión, pilar de la vida universitaria, requiere ser acompañada por una ética de la palabra que reconozca que toda enunciación produce efectos. No se trata de censurar el conflicto, sino de repolitizarlo, es decir, de volver a situar el disenso en el terreno de la argumentación y la deliberación democrática, y no en el de la agresión o la exclusión. En ese sentido, las aperturas interrogativas son más que las conclusiones. ¿Cómo seguir defendiendo el carácter público y político de la universidad sin reproducir las mismas violencias que se busca transformar? ¿Qué tipo de comunidad universitaria se habilita? ¿Qué rol institucional debe ocupar la Facultad frente a la sedimentación de una capilaridad fascista en su entorno digital?

Desde esta lectura, el Trabajo Social como carrera de grado de la Facultad y como profesión tiene mucho para aportar. Lejos de la mirada romántica que asocia su ejercicio a la “ayuda” o al “compromiso”, el Trabajo Social requiere posicionamiento, análisis y capacidad de incidencia. Intervenir es reconocer la complejidad de los conflictos, las tensiones entre sujetos, los intereses en juego y las condiciones estructurales que los sostienen. En ese sentido, el aporte del Trabajo Social es también producir conocimiento crítico que habilite otras formas de comprender y disputar la realidad.

El análisis de los discursos de odio interpela directamente al campo profesional. Obliga a preguntarse qué rol ocupa el Trabajo Social frente a la proliferación de narrativas que deshumanizan, dividen y culpabilizan. Asumir el poder del Trabajo Social no significa idealizar su capacidad transformadora, sino reconocer que toda intervención participa en la producción o la resistencia de determinados sentidos sociales. La digitalidad introduce un desafío adicional. Lo digital exige al Trabajo Social repensar sus herramientas, sus lenguajes y sus modos de vinculación con la sociedad, hoy y para el futuro.

Las expresiones de odio que circulan en redes sociales condensan desigualdades históricas y nuevas, frustraciones colectivas y violencias sedimentadas. En este contexto, el Trabajo Social requiere ampliar la mirada sobre su campo de acción. Puede intervenir en los entornos digitales, identificando y problematizando sus efectos en la vida cotidiana, disputando los sentidos que allí circulan y habilitando espacios de diálogo y construcción colectiva; pero también –y sobre todo– en las realidades que esos entornos reflejan: los contextos de desintegración comunitaria, la precarización de la vida y la desafección hacia lo público. La potencia del Trabajo Social radica en su capacidad para analizar críticamente los procesos, articular con otros actores e instituciones, y construir estrategias colectivas orientadas a la restitución de vínculos y sentidos compartidos.

Este trabajo no ofrece respuestas cerradas, sino la convicción de que es necesario seguir formulando preguntas, analizando situaciones y advirtiendo escenarios para actuar frente a las transformaciones sociales, políticas, y culturales que atraviesan nuestras sociedades e instituciones. El estudio de los discursos de odio en la Fcpolit permitió comprender que la disputa por los sentidos es un asunto central de la vida democrática. La defensa de la universidad pública, del pensamiento crítico y del trabajo colectivo no es una tarea abstracta ni moral, debe pensarse, proyectarse, materializarse. La capilaridad fascista, en tanto entramado de sentido configurado por el odio, encuentra respuesta en la defensa de lo democrático, en la defensa de la política como herramienta de transformación colectiva orientada al bienestar del pueblo y en la defensa de lo público como horizonte común. Esa defensa no se ejerce únicamente en los grandes escenarios de la política, sino también en los espacios donde se produce y circula sentido: las aulas, las instituciones, las redes, las conversaciones públicas. Porque preservar la democracia en tiempos de crueldad es un acto de responsabilidad colectiva.

A riesgo de consuelo ingenuo pero de convicción poderosa, en este contexto la esperanza es una forma de resistencia crítica que persiste, que enciende y que ilumina, cimentada en la creencia en lo colectivo. Este trabajo es una apuesta por ella, porque (re)construir un proyecto común demanda seguir pensando, interviniendo y politizando espacios para que lo democrático sea posible.

Referencias

- Abramovich, F., et al. (2021). *Discursos de odio. Parte 1: condiciones para su reproducción. Informe cualitativo #1*. Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (UNSAM) y Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia (UBA). <https://www.unsam.edu.ar/leda/docs/Informe-cualitativo-1.pdf>
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Anderson, P. (1997). Neoliberalismo: un balance provisorio. En E. Sader & P. Gentili (Comps.), *La trama del neoliberalismo*. Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.
- Arcidiácono, P., & Perelmiter, L. (2022). Mediaciones sociales y burocráticas en la era digital. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 31(2), 57–80.
- Arencón Beltrán, S., Sola Morales, S., & Hernández Conde, M. (2023). Fascismo digital para bloquear la participación y la deliberación feminista. *Teknocultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 20(1), 1–17. <https://doi.org/10.5209/tekn.81002>
- Benhabib, S. (2006). *El modernismo reacio de Hannah Arendt*. Barcelona: Gedisa.
- Bermúdez, N., & Bitonte, M. E. (2024). Dimensiones afectiva, factual y simbólica del odio en la discursividad política argentina. *El caso de la agrupación Revolución Federal*.
- Borón, A. (1997). La sociedad civil después del diluvio neoliberal. En *La trama del neoliberalismo*. UBA.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. J. (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo*. CABA: Tinta Limón, Futuro Anterior y Traficantes de Sueños.
- Butler, J. (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Editorial Síntesis.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.

- Carballeda, A. J. M. (2002). *La intervención en lo social: Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M. (2008). Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red (I). *Telos*.
- Cazzaniga, S. (2006). Reflexiones sobre la ideología, la ética y la política en Trabajo Social. *Sociedade em Debate*, 12(2), 209–229.
- Castro-Gómez, S., & Grosfoguel, R. (2007). Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 9–23). CLACSO.
- de Gainza, M., & Ipar, E. (2016). El laberinto de los afectos en el neoliberalismo. *Teoría y Crítica de la Psicología*, (8). <http://teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/166>
- Delor, L., Lewkowicz, L., & Fasan, S. (2022, 30 de noviembre). Los nudos de odio de nuestras democracias. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/los-nudos-de-odio-de-nuestras-democracias/>
- Di Prospero, C., & Daza Prado, D. (2019). Etnografía (de lo) digital - Introducción al dossier. *Etnografías Contemporáneas*, 5(9), 66–72.
- Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes*. Siglo XXI Editores.
- Faleiros, V. D. P. (1992). *Trabajo social e instituciones*.
- Fair, H. (2012). El discurso político de la antipolítica. *Razón y Palabra*, (80).
- Fair, H. (2019). Análisis Político del Discurso e investigación empírica: herramientas teóricas y estrategias metodológicas para estudiar identidades y procesos políticos desde América Latina. *Ciencia Política*, 14(27), 47–90.
- Feierstein, D. (2007). *El genocidio como práctica social: Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Feierstein, D. (2020). *La construcción del enano fascista: Los usos del odio como estrategia política en la Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0: Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI Editores.

- Foucault, M. (2007). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2016). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)* (H. Pons, Trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García, C. (2023). Interacción social en entornos digitales. En L. Luchessi & D. Heim (Eds.), *Mil palabras para entender los discursos de odio* (pp. 16–20). Editorial Del Sur.
- Germain, M. (2020). Pandemia, redes sociales y gobierno por las emociones.
- Germain, M. (2022). Presentación Sección Derechos Humanos: “Nuevas derechas” y Derechos Humanos. *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales*, 7(13), 415–425.
- Giorgi, G. (2018). Las lenguas del odio. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, (4), 54–66.
- Giorgi, G. A. (2023). *Dar el salto: Odio y mutación*.
- Grassi, E. (2011). La producción en investigación social y la actitud investigativa en el trabajo social. *Debate Público*, 1(1), 13.
- Han, B. C. (2014). *En el enjambre*. Herder Editorial.
- Heim, D., & Luchessi, L. (2023). *Mil palabras para entender los discursos de odio*. Del Sur.
- Hermida, M. E. (2017). Contribuciones desde una epistemología plebeya al Trabajo Social frente a la restauración neoliberal. *RevIISE*, 9(9), 127–145.
- Ilouz, E. (2024). Fascismo y democracia: El gusano en la manzana. *Nueva Sociedad*, (310), 153–159.
- Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo. (2022). *Una aproximación a los discursos de odio: antecedentes de investigación y debates teóricos*. Dirección de Políticas y Prácticas contra la Discriminación. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/discurso_de_odio.pdf
- Ipar, E., Villarreal, P., Cuesta, M., & Wegelin, L. (2022). Dilemas de la esfera pública digital: discursos de odio y articulaciones político-ideológicas en Argentina.
- Kaminsky, G. (1990). *Dispositivos institucionales: Democracia y autoritarismo en los problemas institucionales*. Lugar Editorial.

- Karsz, S. (2007). *Problematizar el trabajo social: Definición, figuras, clínica*. Gedisa.
- Kiffer, A., & Giorgi, G. (2020). *Las vueltas del odio: Gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Laclau, E. (1990). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Landi, O. (1988). Cultura política: un concepto sutilmente ambiguo. En O. Landi, *Reconstrucciones* (pp. 201–211). Buenos Aires: Sudamericana.
- Laval, C., & Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad: Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Marilda, I. (2003). *El servicio social en la contemporaneidad: Trabajo y formación profesional*. São Paulo: Cortez Editora.
- Martínez, F., & Sánchez Ceci, P. D. (2023). *Discursos de odio: Aportes semióticos para su conceptualización*.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político: Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Mudde, C. (2017). *Populismo: Una breve introducción* (C. Gardini, Trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Organización de las Naciones Unidas. (2019). *Plan de acción y estrategia de las Naciones Unidas para la lucha contra el discurso de odio*. Oficina del Secretario General. https://www.un.org/en/genocideprevention/documents/advising-and-mobilizing/Action_plan_on_hate_speech_ES.pdf

- Pagaza, M. R. (2001). *La intervención profesional en relación con la cuestión social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Pereira da Silva, S. L. (2022). *O irracionalismo de conveniência: Ensaio sobre pós-verdade, fake news e a psicopolítica do fascismo digital*. Editora Appris.
- Pichon-Rivière, E. (1970). *Del psicoanálisis a la psicología social* (Vol. 2). Buenos Aires: Galerna.
- Pons, A. P. (2013). *El desorden digital: Guía para historiadores y humanistas*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO.
- Rawls, J. (1994). Ideas fundamentales del liberalismo político. *Ágora, Cuaderno de estudios políticos*, 1(1).
- Riquelme, S. F. (2019). Conocer, integrar y divulgar: Las tecnologías digitales para la investigación y la intervención en Trabajo Social. *Trabajo Social Hoy*, 88, 43–68.
- Saidel, M. L. (2022). Consideraciones sobre las críticas neoliberales a la democracia. *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales*.
- Sautu, R. (2003). *Todo es teoría*. Buenos Aires: Lumiere Ediciones.
- Schmitt, C. (1932). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Segato, R. L. (2018). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Servio, M. (2023). El Trabajo Social frente a las nuevas derechas: ¿Cómo construimos resistencia? *Cátedra Paralela*, (23).
- Sibilia, P. (2006). *El hombre postorgánico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sibilia, P. (2012). *¿Redes o paredes?: La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta Fresca.
- Sibilia, P. (2019, 11 de abril). Vivimos en la visibilidad y la conexión. *Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos*.
<https://www.fcedu.uner.edu.ar/paula-sibilia-vivimos-en-la-visibilidad-y-la-conexion>

- Sierra Caballero, F., & Sola-Morales, S. (2020). Golpes mediáticos y desinformación en la era digital: La guerra irregular en América Latina. *Comunicación y Sociedad*, 17, 1–30. <https://doi.org/10.32870/cys.v2020.7604>
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?: Cómo el antiprogresismo y la anticoncorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Tarullo, R., (2015). Los públicos en las redes sociales: nuevas prácticas. *Estudios Sociales Contemporáneos*, (12), 98-108.
- Travi, B. (2006). *La dimensión técnico-instrumental del trabajo social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Tsesis, A. (2002). *Destructive messages: How hate speech paves the way for harmful social movements*. New York: New York University Press.
- Waldron, J. (2010). Dignity and defamation: The visibility of hate. *Harvard Law Review*, 123(7), 1596–1657.

*Inspirado en **Diarios del odio** (Roberto Jacoby, 2014).*

La obra recopila comentarios anónimos publicados en portales de noticias y los convierte en material poético y visual. Al trasladarlos al papel, interrumpe la fugacidad del comentario digital y lo vuelve archivo. Este collage retoma ese gesto con fragmentos del entorno digital de la Fcpolit, donde también el odio circula, se repite y deja huella.

Priorizan cosas que nada tienen que ver con estudiar, muchos y muchas hacen política en la facu

PARAGUITOS ESOTEROS

CON UN CÁNCER

son unos

HAHAHA

MAÑANA
palos y
gas pimienta
para todos

Amigo estamos en lucha contra los kukarachos repugnantes entren a la gerra gerreros saquen a patadas en el culo a los kukarachos repugnantes

manga de vagos, ñoquis

SAQUEN A ESOS
ZURDOS DE
MIERDA

Son un cáncer, la facultad se tiene que preocupar por darles la mejor educación posible, no hacer banderas políticas

LLAMAME A LA MIGRA
vayan a estudiar ratas
vayan a dar clases ratas

FUERA LA POLÍTICA DE LAS
UNIVERSIDADES

FIN.

A LAS UNIVERSIDADES SE VA A ESTUDIAR NO HACER GRUPOS POLITIQUE ROS ... FIN DEL COMU NICADO ... SE ACABÓ LA JODA

AGOS
MAÑANA

QUE VUELVAN LOS MILICOS!!!
QUE VUELVAN LOS MILICOS
QUE VUELVAN LOS MILI
QUE VUELVAN LOS MI

ALERTE
AMOS
LEQUILLO

Mientras él habla respetuosamente y la kukaracha de abajo toma mate y la